BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL ULTIMO REDUCTO

ralph barby

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

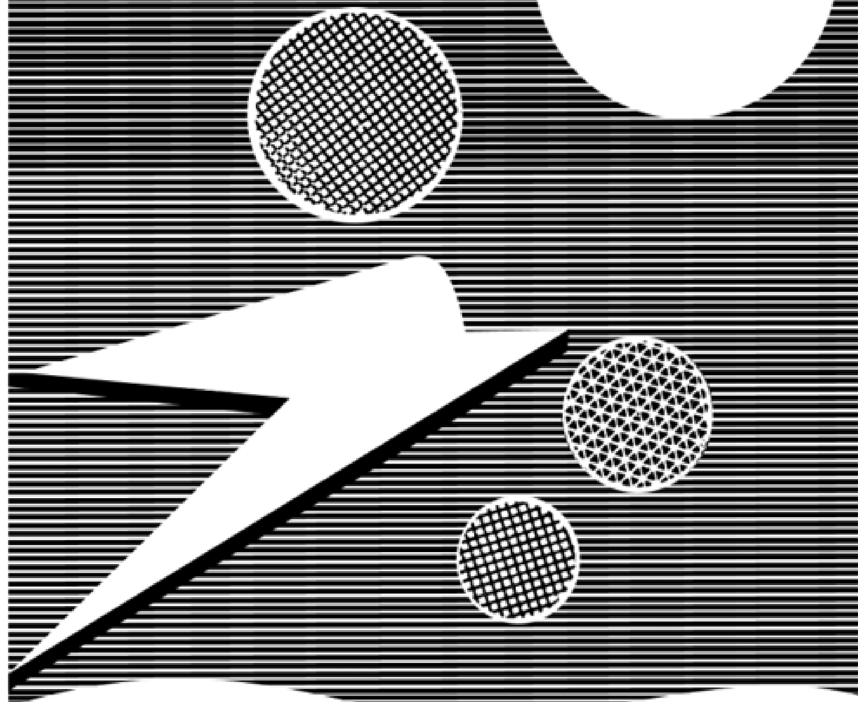
la conquista del ESPACIO

EL ULTIMO REDUCTO

ralph barby

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RALPH BARBY

EL ÚLTIMO REDUCTO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 138



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 7.443 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1973

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, seràsimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CAPITULO PRIMERO

Los objetivos de las telecámaras vigilaban el corredor subterráneo del nidal, centro cerebral de Estados Unidos en los últimos años de la década de los noventa, en los estertores del siglo veinte, cuando eran muchos los que dudaban que la Tierra pudiera ver el siglo veintiuno.

Aquel hombre era de mediana estatura, metro ochenta, recio, algo calvo y con las sienes plateadas. Andaba entre los cuarenta y cincuenta años, pero con paso firme y seguro.

Era Thomas Bertson Peet, director general del Space Brethren (1), centro de experimentación espacial que no gustaba de la publicidad fácil y sí del trabajo incansable.

(1)Hermanos delEspacio.

El Space Brethren cobijaba en su seno a hombres de distintas ideologías, pero con un mismo interés: la salvación de la humanidad, las civilizaciones a las cuales pertenecían y la obtención de un futuro positivo.

Desde los distintos medios de información, muchoshabían sonreído primero y gritado después ante los gastos que significaba el mantenimiento, investigación y puesta a punto del Space Brethren, un centro del que no salían resultados espectaculares que sorprendieran al mundo, que saciaran la sed de los periodistas, ahora preocupados por los movimientos políticos que todo lo habían trastornado. Había sucedido lo increíble, lo ni siquiera imaginado.

La puerta del despacho altamente privado, al que no podía llegarse sin ser captado por las telecámaras, se abrió.

—Adelante, Peet.

Tras la mesa circular estaba el presidente y, junto a él, seis vicepresidentes pertenecientes a los países más importantes del mundo llamado libre, dentro del cual estaba incluida la URSS, aunque tuviera importantes puntos de vista diferentes al resto de los miembros representativos.

Todos allí eran hermanos pese a las pequeñas disensiones políticas frente al enemigo común que había nacido súbita e inesperadamente, creciendo y engordando de tal forma que ahora aparecía como un monstruo casi invencible, dispuesto a dar la gran guerra.

Thomas Bertson Peet caminó hasta la mesa atendiendo a una señal del presidente, que aunque sonreía, lo hacía con cansancio, con honda preocupación. Se sentó, con gravedad. Peet era el centro de todas las miradas y suponía que algo importante iba a serle comunicado.

La voz del presidente, cansada tras dialogar horas y horas, habló de nuevo:

—Peet, creo que ya conoce a los miembros aquí presentes, los ha visto en sus instalaciones del Space Brethren. Todos ellos han sido visitantes de honor en su centro.

—Sí, señor.

—Entonces, no daremos rodeos.

—Estoy a sus órdenes.

—¿Cómo está su proyecto de «Super Life Men»?

—Teóricamente, todo está listo, señor, pero sabe que es sólo teoría por el momento. Faltan las experimentaciones.

—Bien. ¿Y los hombres y mujeres?

—Los astronautas, tanto masculinos como femeninos, se entrenan con normalidad. Sus datos físico mentales pasan diariamente a la computadora de selección.

—Según creo recordar, en el momento que sea preciso, usted pondrá en funcionamiento dicha computadora de selección y saldrán las tarjetas nominales de quienes deban formar parte del proyecto «Super Life Men».

—Correcto. La computadora de selección es como la representación de la justicia, ciega a los sentimientos. No hay favoritismos ni recomendaciones.

—Ya lo han oído, caballeros.

Nadie dijo nada. Seguían mudos. Algunos fumaban, pero todos tenían ojeras de preocupación.

—¿Pasa algo grave, señor?

—Peet —siguió el presidente, tratándole con amigabilidad—, lo tenemos todo previsto para que dentro de siete horas sea pulsado el

botón rubí.

Thomas Bertson Peet sufrió un estremecimiento.

—Señor, eso significa el comienzo de la tercera guerra mundial.

—Exacto, es desgraciadamente exacto —dijo, más cansado aún, pero sin que le temblara la voz.

—Pero ¿no hay ninguna forma de impedirla? Será la destrucción de la Tierra.

—No, no hay forma. Los servicios de espionaje unificados de la URSS y USA han descubierto que el bloque de países que forman el Gobierno de los wizards lo tienen todo preparado para dentro de siete horas, y un minuto es suficiente para golpear primero y sacar alguna ventaja dentro del caos.

—Pero, señor, ¿no puede haber una equivocación? —preguntó el director general del Space Brethren, hombre de gran humanidad.

—No la hay, todo está listo. Ya han comenzado a funcionar las alarmas previas y laelectro ingeniería de armamento se ha puesto en marcha. Jamás la humanidad sospechó el poder que llegaría a alcanzar, un poder que ya se pone en movimiento para el inicio de la gran destrucción. Será la apocalipsis final y ya nadie puede detener lo inevitable. Los wizards tienen un poder para-normal sobre sus pueblos y militares que deja en pañales al poder fanático que ejerció Hitler en la Segunda Guerra Mundial entre quienes creían pertenecer a la raza aria. Ha sido el lavado de cerebro más. grande y masivo que se ha llevado a cabo.

—Es increíble. Esos seres comenzaron con sus brujerías, sus hermetismos, sus alquimias trasnochadas y la gente los creyó.

—En especial los países del tercer mundo, más propicios a las supersticiones, a endiosar a cualquier farsante. También los pseudoateos, que en el fondo deseaban creer y terminaron creyendo en supercherías nacidas de un falso oriente. Los wizards están locos.

—Sí, están locos, Peet, pero ellos han obtenido el poder en países que por formar parte de desaparecidos bloques militares tienen armas nucleares de gran potencia. Se sienten" fuertes y ansían apoderarse de toda la Tierra. Quieren ser dioses cuando no son más que dementes que van a conducir a la humanidad a la muerte.

—Jamás hubiera supuesto que ocurriría esto. En pocos años, sólo una década, y esa especie de secta se ha hecho monstruosamente fuerte.

—No le parezca increíble, Peet. A Hitler, y era un solo hombre, le bastaron muy pocos años para convertirse en una especie de pequeño dios, y a punto estuvo de dominar parte del mundo, lo mismo que Napoleón, Atila o Gengis-Kan. En realidad, no son ellos los culpables totales. Es la masa, que, en determinadas circunstancias, se halla propicia a aceptar a un líder casi como a un dios, a obedecer sus órdenes por aberrantes que sean y caminar hacia la muerte porque él la ha arengado. Es un fenómeno que se ha repetido a lo largo de la historia y en distintos países, continentes e ideologías. Esta vez son los wizards quienes se han erigido líderes y van a intentar conseguir el sueño eterno de todo hombre, político, militar o grupo de gobierno.

—¿Conquistar la Tierra por entero?

—Correcto, Peet.

—Pues sólo conquistarán un mundo muerto en el que ni siquiera ellos sobrevivirán.

—Así, es, pero los wizards no lo ven de esa forma.

—Aunque tengan buenos refugios subterráneos, no sobrevivirán —protestó nerviosamente Thomas Bertson Peet, gran amante de la unidad de los hombres por el diálogo y. la hermandad.

—No podemos perder más tiempo en divagaciones, Peet, ya no es factible retroceder. Estamos haciendo historia y sólo los que sobrevivan podrán conocer los resultados de esta tercera guerra mundial.

—Quizá no quede nadie para el futuro —suspiró Peet, más calmado, pero desesperanzado.

—Sí, Peet, si la teoría de su centro no falla, cinco parejas perfectas para el futuro, cinco hombres y cinco mujeres física y mentalmente impecables, podrán supervivir y reproducirse para que nuestra especie no se extinga. No vamos a entrar en egoísmos de razas. Los miembros de la expedición serán seleccionados, como usted ha dicho, por medio de la computadora. Todos deben ser fértiles y la sangre que corra por sus venas será la misma en cuanto a componentes biológicos se refiere.

—En ese aspecto, todo está previsto, señor. Aunque hubieran pérdidas

de sangre por hemorragias accidentales, podrían ayudarse mutuamente incluso con el implante de piel. En fin, hemos trabajado mucho en este proyecto. Espero que la teoría se convierta en realidady sirva efectivamente para el fin con que fue planeado, ya que es inevitable depender de ellos.

—Todo aclarado, Peet, y ya no podemos perder más tiempo. ¿Cuántas horas harán falta para que la nave del proyecto «Super Life Men» encienda sus motores?

—En cinco horas están todos los equipos preparados y la nave se pondrá en marcha.

—Que sea en cuatro horas, Peet. No podemos arriesgarnos a que por demora surja un contratiempo y su Space Brethren Center sea atacado por un misil nuclear lanzado desde un satélite orbital.

—Lo intentaré, señor.

—Sabemos que lo conseguirá. Cinco minutos antes de la ignición, avíseme directamente. Todos deseamos presenciar a través de las tele pantallas el despegue de la nave que ha de significar nuestra supervivencia.

—Podrán verlo, señor. Daremos la noticia como el lanzamiento de un vuelo de pruebas.

—Correcto, Peet. De este modo no tratarán de seguir la nave desde algún satélite orbital.

—Incluso los miembros seleccionados lo sabrán cuando estén ya lejos del alcance de cualquier arma que pueda lanzarse desde un satélite orbital.

—Mientras, haga creer que es un simulacro. Se llevará todo con más alegría y menos preocupación, y estoy seguro de que los hombres entrenados por usted serán dignos de que se tenga fe en ellos porque de ellos renacerá el nuevo mundo, un mundo que todos oramos por que sea de paz, de amor, de hermandad y que no termine como va a hacerlo ahora, dentro de siete horas,en que nos sumergiremos en la apocalipsis. Que Dios pueda perdonarnos.

Todos los miembros de la reunión altamente privada quedaron callados, incluso el vicepresidente soviético.

Thomas Bertson Peet se puso en pie. Caminando pesadamente, como

si sus pies estuvieran calzados con botas de plomo, les dio la espalda y se dirigió a la puerta.

Pese al lastre que significaban las noticias que acababan de comunicarle, debía darse prisa. Sólo le quedaban cuatro horas para que el proyecto «Super Life Men» se pusiera en marcha, despegando de la Tierra, y ni siquiera sabía aún quiénes serían los elegidos.

CAPITULOII

—Eh, Noel, fíjate, ha entrado la princesa.

Bertini dio un significativo codazo al capitán Noel Crowman mientras ambos se hallaban sentados en sendas butacas en el club de la base de Space Brethren.

Noel no pudo evitar mirar hacia la entrada. La nominada princesa no era otra que Karen Hear, sobrina del mismísimo presidente. Astronauta ya a los veinte años, ahora, a los veintidós cumplidos, era un miembro más de los Space Brethren.

Karen Hear era alta, espigada, de formas suaves, pero muy femeninas. Su mentón no era pronunciado, pero sí orgulloso. Todo en ella era altivo; por eso sus compañeros la llamaban la princesa. Karen se encogía de hombros, indiferente, pero en el fondo halagada.

Solía llevar su cabello rubio, largo y lacio, simplemente cepillado. Sus ojos azulados, con tonalidades violeta, se fijaron en el largo mostrador del club, ajenos a las personas que pudieran estar allí reunidas.

Sin embargo, al sentarse en uno de los anatómicos taburetes, que tras pulsar un botón quehabía en el borde de la barra graduó a su altura e inclinación deespalda, se le acercaron varias chicas, miembros también del Space Brethren, y todas ellas astronautas altamente capacitadas.

—¿Qué te parece, Noel, nos reunimos con las féminas? —le preguntó Bertini.

—No es necesario, ya se nos han adelantado Mitia y Antoine.

En efecto, dos hombres con el uniforme del grupo de astronautas que componían la base Space Brethren se habían acercado a las chicas.

Pronto, el *barman* les preparó bebidas, todas ellas exentas de alcohol, pero vivificantes y refrescantes pese a que la aclimatación del club era perfecta en sus inamovibles dieciocho grados Celsius.

—Maldita sea... Por la Madonna, que esos dos siempre se dan prisa en cuanto a las mujeres se refiere, pero hay cuatro, ellos son dos y nosotros también dos.

—¿Qué tal, camaradas? Está muy pacífico todo por aquí —saludó casi

con un gruñido el hispano Santana, acercándoseles.

—Hola, aguafiestas —se quejó Bertini. Miró a Noel y, volviendo luego sus ojos hacia el recién llegado, preguntó—: ¿Qué te parece, tú que tienes mucha labia: nos vamos a gastar saliva con las chicas? Este Noel, en cuanto aparece la princesa, se vuelve muy aburrido.

—Por mí, vamos, Bertini. Tú y yo somos hermanos de sal —repuso Santana, dándole una palmada al italiano.

—¿De sal?

—Sí, hombre, de sal mediterránea.

—Ahí te quedas solo, Noel.

—Está bien, está bien, os deseo suerte.

Santana y Bertini se acercaron al grupo, dejando al alto y fornido Noel Crowman.

Las chicas recibieron bien a los recién llegados. Mitia y Antoine bromearon un tanto. Por su parte, Karen Hear preguntó:

—¿Qué le pasa a Noel? Es un aburrido.

Bertini, dedicando una ojeada a Noel, que en aquellos instantes bebía en solitario sin mirar a ninguna parte, denegó:

—No, era un tipo fantástico.

—¿Era? —repitió Karen, intrigada.

—Bueno, lo es todavía, y creo que lo seguirá siendo durante mucho tiempo. Hace poco que se ha incorporado a nuestro grupo, pero yo he sido su compañero en varios ejercicios en laboratorios orbitales y no hay cantarada mejor, ya lo iréis conociendo.

—¿Y qué le ha pasado que se ha vuelto tan aburrido? —preguntó Karen.

—Es una historia un poco larga.

Mitia, que también buscaba la atención de Karen Hear, abrevió:

—Se quedó viudo y no digerido bien su nuevo estado.

—¿Viudo? Ignoraba que fuera viudo —observó Karen.

—Su esposa era una delicada japonesita, yo la conocí —explicó Bertini —. Eran muy felices, puedo dar fe de ello, pero un fatal accidente hizo que muriera. Se desintegró, y ahora ni siquiera puede ir a un cementerio a ponerle flores; no hay ni cenizas.

—Es un sentimental —comentó Mitia, encogiéndose de hombros.

—¡Atención, atención! —exclamaron por los altavoces repartidos por toda la base de Space Brethren—. Simulacro proyecto «S. L. M.», simulacro «S. L. M.», atención, todos los servicios sin excepción a sus puestos. Hora cero dentro de cuatro horas…

El aviso se repitió de forma insistente. Todos habían hecho silencio y escuchaban atentamente.

—El director general desea ver en su despacho al mayor Noel Crowman, al capitán Mitia Federov; tenientes Bertini, Boilé y Santana; tenientes Karen Hear, Sonia Tatievna, María Alba, Antonella Allasio y Francoise Le-blanc… —La locutora siguió repitiendo todos los nombres.

Cuantos habían sido llamados fueron abandonando sus butacas en el club.

Las identificaciones que cada cual llevaba consigo les franquearon la entrada hasta la antesala del despacho de Thomas Bertson Peet. Una vez reunidos allí, se miraron todos entre sí.

—¿Lo ves, Noel? No querías unirte a nosotros y ahora estamos aquí todos juntos.

—Sí, Bertini, pero no insistas tanto. No quiero amigos. Ya sabes que nuestra profesión es muy peligrosa y es mejor no hacer amigos.

—Estás muy sombrío, Noel. Bueno, ya conoces a los demás, ¿verdad?

—Sí, creo que todos nos conocemos más o menos. Hemos hecho alguna operación juntos.

—Yo, no —puntualizó Karen Hear.

Noel Crowman no tuvo tiempo de responder. En aquellos instantes se abrió la puerta del despacho del director general y fueron invitados a entrar en él.

—Adelante, les estaba esperando. Queda muy poco tiempo para la preparación total. El cohete está siendo ultimado en su túnel de lanzamiento. Tendrán el tiempo justo de vestirse con los trajes de vuelo, entrar en la nave y repasar todo el material de a bordo.

Noel Crowman preguntó:

—¿Este simulacro es de rutina o tiene una finalidad determinada?

—Tiene una finalidad determinada, mayor Crowman, pero les será comunicado en el momento oportuno. Ahora voy a entregarles las fichas identificadas. La computadora de selección les ha designado a ustedes, no existe ningún interés particular. Quiero que sepan que la elección ha sido puramente científica. Usted, capitán Crowman, tomará el mando del proyecto «S. L. M.». La teniente Karen Hear ha sido seleccionada como su compañera. Usted, capitán Federov, será el segundo de a bordo y su compañera, la teniente Tatievna.

Fue aparejando a los cinco hombres con las cinco mujeres, todos ellos astronautas perfectamente entrenados.

Fueron pegando las placas de identificación sobre sus ropas, bajo las letras coronadas de estrellas de plata que formaban el anagrama de «Super Life Men».

—Todos ustedes conocen lo que significa y persigue este proyecto. Han sido entrenados perfectamente y saben lo que se espera de su labor. En realidad, son la representación de nuestra humanidad para el futuro. Todo el deseo de supervivencia de nuestra civilización está centrado en ustedes y sé que están capacitados para no defraudar. Les hablaría largo y tendido, pero se hace tarde y en este momento lo más importante son los controles técnicos, que deben ser puestos a punto, de modo que suerte y pasen a la sala de vestuario. Allí hay un equipo de diez médicos que efectuarán la última y rapidísima revisión tal como está previsto antes de que pasen a la nave «Fénix 030».

Thomas Bertson Peet, conteniendo sus sentimientos, adelantó su mano para estrechar las de las cinco tenientes femeninos y de los cinco hombres.

—Nos comunicaremos con usted desde la nave —dijo el mayor Crowman.

—Estaré atento. Adelante.

Al salir del despacho, el capitán Mitia Federov, un hombre tan alto

como Noel Crowman, pero que tenía la cabeza totalmente afeitada, dando una gran impresión de fuerza, comentó, irónico:

—El director Peet se ha tomado muy en serio este simulacro;parecía compungido.

Alguien hizo alguna broma a la que Noel Crowman no prestó atención. La teniente Karen Hear se puso a su altura y observó:

—Mayor, parece rehuirme.

—No sé de dónde ha sacado tal impresión, teniente Hear.

—Bueno, creo que el destino ha hecho la paradoja de unirnos.

—No veo la paradoja por parte alguna, teniente Hear —cortó, algo adusto, poniendo una barrera de frialdad entre ambos—. Además, esto es un simulacro, espero que no se le olvide.

—¿Y qué haré cuando la selección vaya en serio? Al aceptar este trabajo, todos hicimos el juramento firmado de no rechazar a la pareja que la selectora nos asignara, pareja que, cuando el proyecto sea una realidad, tendrá el carácter oficial de boda.

—No creo que tenga que contestarle a esa pregunta, teniente —respondió, tajante. Su mirada hizo más daño a la princesa que las propias palabras.

Karen comprendió la barrera que el mayor Crowman interponía entre ambos. Para él era un simulacro sin importancia y sus sentimientos eran cosa aparte, sentimientos que la computadora de selección no había podido controlar.

—Sí, mayor, como usted quiera.

·En los vestuarios se vistieron para el vuelo y les fue efectuada la última revisión médica. Después, por el corredor subterráneo, se deslizaron a bordo del electro-monocarril, que les condujo a la nave «Fénix 030», que se hallaba vertical en las entrañas de la Tierra, rodeada de paredes circulares de supe hormigón refractario.

A través de la pasarela penetraron en la nave. Todos los pilotos de señalización se hallaban verdes, la nave estaba a punto.

—Ocupen sus puestos según la numeración que hanrecibido —ordenó Noel Crowman sin preocuparse de mostrarse amistoso con nadie.

Los demás, aunque llevaban a cabo con perfección cuanto debían realizar, se lo tomaban con más alegría, creyendo que se trataba de un simple simulacro.

Los diez miembros del proyecto «S. L. M.» se acomodaron en sus respectivas butacas anatómicas y sujetaron sus cuerpos con los atalajes de seguridad. La puerta de la nave se cerró automáticamente.

—Atención, atención, aquí control central. ¿Todo dispuesto, mayor Crowman?

—Sí, todo a punto.

—A continuación les habla el director general —anunció la voz.

—¿Todo listo, mayor Crowman? —preguntó Thomas Bertson Peet apareciendo en pantalla frente a ellos.

—Adelante, señor Peet. Tenemos una audiovisión perfecta.

—Mayor, todo debe estar en perfecto orden. Revise a su tripulación, ni un solo cabo ha de quedar suelto. El simulacro seguirá adelante como si fuera un despegue real, por ello han de tomar todas las precauciones.

—Entendido, señor Peet, todo aquí está perfecto —dijo, mirando en derredor.

Se tropezó con los ojos azul violeta de Karen Hear que la observaron con cierta hostilidad. A ella no le agradaba ser menospreciada ni quedar supeditada.

—Todo perfecto, señor Peet.

—Entonces sólo quiero decirles que de antemano me siento orgulloso de ustedes. Mayor, a las veintitrés cuarenta del reloj de la nave utilice el sistema M. T. T. V., ¿comprendido?

—Sí, señor Peet. A las veintitrés cuarenta utilizaremos el M. T. T. V.

—Entonces, suerte.

—Cualquiera diría que va en serio —se rio ahora Bertini tratando de alzar su cabeza, casi totalmente cubierta por el casco de seguridad para el despegue.

Vieron pasar los segundos rápidamente hasta llegar la hora cero. El

mayor Noel Crowman alargó el índice de su diestra y oprimió el botín rojo de disparo. Ante la sorpresa de todos, la nave comenzó a vibrar, había entrado en ignición.

CAPITULOIII

La nave «Fénix 030» comenzó a auto propulsarse. La abertura superior que la encerraba en las entrañas de la Tierra se había abierto y comenzó a brotar la proa.

En breves instantes, la nave abandonó su nido, su fosa de supe hormigón refractario, y se elevó en dirección al firmamento, un cielo que en un atardecer espléndido se oscurecía por momentos.

Rumbo a las estrellas, la nave «Fénix 030» cruzó la atmósfera, la estratosfera y la ionosfera, situándose a una órbita alejada del planeta.

Siguiendo el programa de entrenamiento, pusieron en marcha la gravedad artificial y se desprendieron de los atalajes que los sujetaban a sus butacas anatómicas.

Había gran sorpresa a bordo de la nave. El capitán Mitia Federov fue el primero en exclamar:

—Pero¿no era esto un simulacro?

Bertini agregó:

—Habrá sido un simulacro con despegue incluido y entrada en órbita terrestre. Por la Madonna que no sabía nada.

La rusa teniente Tatievna protestó:

—Podían habernos avisado.

La voz de Noel Crowman se impuso sobre las demás.

—Posiblemente todo estaba preparado en esta forma. Hemos sido entrenados adecuadamente para cada minuto, para cada movimiento de este plan. Ahora no podemos utilizar los medios de telecomunicación tal como tenemos aprendido. Seguiremos en órbita hasta las veintitrés cuarenta y conectaremos el M. T. T. V. para saber lo que el director general del proyecto Space Brethren nos ha querido decir. No ha sucedido nada anormal hasta ahora. Se nos ha advertido que era un simulacro, pero no se nos ha dicho que no despegaríamos. Supongo que es una forma de probarnos a nosotros y a la nave, una nave que, como todos sabemos, está perfectamente dotada para reentrar en la atmósfera y regresar a nuestro punto de origen.

—Bien, entonces esperaremos a ver qué noticias nos da el M. T. T. V.

—gruñó esta vez el teniente Antoine Boilé con su acusado acento francés, al tiempo que de sus labios brotaba una sonrisa que ofrecía a su compañera Francoise Leblanc, una espléndida e inteligente morena capaz de hacer las delicias del hombre más sibarita en el amor.

El mayor Noel Crowman, comandante de la «Fénix 030», lo cual significaba ser el jefe del proyecto «Super Life Men» puso en marcha el magnetoscopio de tele-trivisión a color.

La pantalla se encendió y en ella apareció el rostro sombrío del director general del «Space Brethren», quiencomenzó a hablar dirigiéndose a los miembros que componían la dotación de la nave.

—Un saludo en nombre de toda la humanidad y el mío en particular. Cuando esta grabación de videotape pase ante sus ojos, se hallarán en órbita terrestre tal como está previsto. Por supuesto, el mensaje es en grabación para que no pueda ser interceptado por el enemigo y no sean destruidos antes de emprender el largo viaje hacia el futuro.

Los miembros de la nave se miraron entre sí, preocupados. Huboalgunos murmullos. El propio Thomas Bertson Peet había hecho una pausa en su monólogo para dejar paso a los comentarios que inevitablemente se producirían. Luego, prosiguió:

—Sé que les sorprenderá lo que han oído, todavía creerán que se trata de un simulacro, pero no es así. No se les ha podido comunicar esta realidad en la Tierra porque había peligro real. Sabemos que hay enemigos infiltrados en nuestra base y de destruirse este proyecto, quedarían aniquiladas todas las posibilidades de supervivencia de nuestra especie para el futuro. Sé que se estarán preguntando el porqué de esta decisión. Es sencillo y trágico a la vez. Dentro de una hora y treinta minutos exactamente comenzará la Tercera Guerra Mundial. Rusos, americanos, italianos, ingleses, franceses, españoles y todos los miembros que componemos el mundo libre, seremos atacados con armas termonucleares por los wizards, esa especie de magos, brujos o demonios salidos del averno que han conseguido ocupar los puestos de mando de tantos países mientras el mundo libre no se percataba de ello. Se han hecho fuertes y por las noticias que hemos recibido de nuestros servicios secretos internacionales, sabemos que dentro de una hora treinta minutos iniciarán la Tercera Guerra Mundial. Todo está preparado. Nosotros trataremos de adelantarnos en un minuto para intentar sobrevivir, y si no lo conseguimos, que Dios nos perdone. Albergamos aún la esperanza de que los wizards, ante el primer impacto nuclear de advertencia, desistan. Será como la gran salva de advertencia que no matará a nadie, pues está escogido el

lugar del impacto, pero si no hacen caso y responden agresivamente, quién sabe qué será de nuestro planeta. Por eso confiamos en ustedes que han sido seleccionados por un complicado pero perfecto computador. Todos están matemática y biológicamente aparejados para que tengan descendencia y luego, esa descendencia se cruce con la de las otras parejas. De esta forma, iniciarán una nueva humanidad cuando regresen del periplo de doscientos años que van a iniciar en el estado de hibernación a que se someterán. La nave tiene la computadora programada para que a las veintitrés cuarenta rompa la órbita y escape de la atracción terrestre en un viaje por el espacio exterior, alejándose del Sol y describiendo una elipse para regresar a la órbita terrestre dentro de doscientos años. Si la Tercera Guerra Mundial es un hecho, al cabo de dos siglos ya se habrá disipado la radiactividad. Ignoramos lo que puedan encontrar entonces en nuestro planeta, quizá a nuestros descendientes viviendo en paz, quizá a un gobierno hostil y desconocido, quizá un planeta desértico incluso de animales y vegetación, pero aún sin flora ni fauna, están entrenados para sobrevivir, pues poseen los métodos y el instrumental para sintetizar la vida a nivel celular que, multiplicada, les proporcionará los alimentos necesarios. Si eso ocurre, ustedes, como el ave fénix de la mitología, resurgirán de la nada y estarán obligados a reproducir la vida terrenal que nuestra civilización haya destruido. Su obra es magna y costosa, jamás la historia humana habrá hecho nada semejante. Ni la muralla china, ni las pirámides de Egipto, los rascacielos de Manhattan o la creación de las súperbombas atómicas, habrán sido prodigios comparables a lo que ustedes realizarán: hacer revivir al planeta muerto. Creo que estoy siendo prolijo y el tiempo se acaba. Todos ustedes conocen su trabajo a la perfección. Como ustedes hay docenas que lo conocen, pero la computadora selectora los ha elegido como a los más óptimos en estos instantes. Suerte y que Dios les proteja. Mayor Crowman, dispóngalo todo para la hibernación. La computadora de a bordo se encargará del rumbo y de salvar el impacto de los posibles meteoritos que se crucen en su larguísimo periplo. Esta grabación ha terminado.

La pantalla quedó en color amarillo, sin imagen.

Entre los miembros de la dotación se había producido un silencio tan denso que habría podido cortarse con un láser.

Mitia Federov fue el primero en hablar.

—Como dirían en Montecarlo, el juego está echado.

El francés aprobó:

—Sí, eso parece. Ignoraba que la humanidad estuviera tan al borde de la Tercera Guerra Mundial.

Noel Crowman giró en su butaca y quedó frente a los que serían sus subordinados.

—Creo que el señor Peet ha sido claro y elocuente. Yo mismo pensaba que esto no era más que un simulacro, desconocía que estuviéramos tan cerca de la Tercera Guerra Mundial e incluso aún me cuesta creerlo, pero no estamos aquí para opinar o hacer cálculos si no para obedecer. Jamás sobre mujeres y hombres ha caído tanta responsabilidad como sobre nuestras espaldas. Se nos pide que revivamos todo un planeta en el supuesto de que lo hallemos muerto. Ahora, como saben, nada podemos hacer. Debemos someternos a la hibernación artificial y esperar doscientos años viajando por el espacio, confiando que nuestra perfecta nave no sufra ningún tropiezo y despertemos en algún mundo ignorado. Sólo cuando despertamos, si es que esto sucede, será cuando comencemos a llevar adelante nuestra labor de supervivencia.

—Mayor, ¿puedo hacerle una pregunta? —inquirió la teniente Karen Hear con un tono irónico que no escapó a nadie.

—Por supuesto, teniente.

—Según las bases de los documentos que aceptamos y firmamos, desde este mismo momento, todos los aquí presentes, ya no en simulacro si no en realidad, estamos casados, ¿verdad?

Noel Crowman quedó unos instantes en silencio, aparentemente pensativo, como buscando una salida a un problema que algo dentro de él rechazaba.

Al fin, ante las miradas insistentes de los hombres y mujeres que estaban frente a él, asintió:

—En efecto, así está estipulado en el reglamento. Civil y religiosamente, ya que todo aquí está aceptado por los distintos gobiernos y religiones a que pertenecemos, estamos casados y bendecidos. De antemano aceptamos el sí, un sí sin ceremonia, pero igualmente válido y comprometedor, dentro de la emergencia que significa este proyecto de supervivencia para los hombres.

—No es que me retracte de lo que firmé, mayor, pero ¿cómo debo llamarle en adelante, mayor Crowman o Noel simplemente?

Todos quedaron en suspenso. Era la primera discordia que tenía lugar dentro de un proyecto de supervivencia que empezaba a nacer.

—Creo que ya hemos hablado suficiente. Se acerca la hora de apartarnos de la Tierra y tal como está previsto para ahorro de energías y consumo de oxígeno, debemos entrar en hibernación cuanto antes.

Dejó la pregunta de Karen Hear sin responder y colocó todos los mandos bajo el control de la computadora, con las ventanas de la nave ya protegidas por las corazas de acero aluminio.

Descendieron al piso inferior de la nave. Allí estaban las literas con los cascos correspondientes.

Tomaron las pastillas que secarían sus jugos gástricos durante la hibernación y lubricarían todos sus conductos internos para que no sufrieran daño alguno enel largo sueño que duraría doscientos años, y se tendieron en las literas. Se colocaron los cascos electrónicos que habrían de dormirles todo el cuerpo y dejar sus corazones a una pulsación cada minuto para que sus cerebros estuvieran siempre alimentados en su estado letárgico.

Se cerraron los atalajes automáticos que impedirían que sus cuerpos se movieran y la temperatura descendió a un grado Celsius, lo justo para que no se congelaran y sus estructuras celulares no se rompieran al cristalizarse.

Cerca de los glúteos de sus nalgas aparecían las puntas de agujas especiales, permanentemente esterilizadas y dispuestas para clavarse en sus carnes alternativamente a derecha e izquierda cada siete días, proporcionándoles una inyección de un compuesto de sales, vitaminas, proteínas y glucósidos que la sangre absorbería lentamente para que sus cuerpos estuvieran siempre alimentados por vía intramuscular, ya que tras muchas pruebas, los métodos de congelación y liofilización habían sido rechazados por inseguros. Se había estimado que aquél era el más idóneo para retornar a la normalidad sin que el cerebro sufriera daño alguno.

—Si todos están listos, pulsaré el botón para que la computadora de a bordo se encargue de todo.

No hubo respuesta y Crowman dio por sentado que todo estaba en orden. Todos se hallaban sujetos y con los cascos debidamente colocados para que sus cerebros y corazones fueran regulados.

—Bien, que Dios, en este momento difícil no sólo paranosotros sino para toda la humanidad, nos proteja.

Noel Crowman volvió ligeramente sus pupilas y se encontró con las azul violeta de Karen Hear a la que dejara sin respuesta. Ambos se quedaron mirando sin pronunciar palabra, esperando el futuro, cuando comenzaron a notar el frío y la disminución de pulsaciones cardíacas.

Siguieron sin decir nada, sólo mirándose, hasta que sus párpados se cerraron y se sumergieron en el más largo y profundo sueño que jamás humano alguno sostuviera.

CAPITULOIV

Los ojos de Noel Crowman se abrieron despacio, con pesadez. No pensaba, no podía pensar, ni siquiera pesadillas enturbiaban su cerebro.

Sus pulsaciones eran lentas todavía. El casco portador de electrodos daba las órdenes a su cerebro para que los latidos del corazón aumentaran acompasadamente, de modo que el cerebro, largo tiempo inactivo, no sufriera ningún trauma.

Sintió que la sangre se aceleraba dentro de su cuerpo, que circulaba más rápida.

La temperatura se había normalizado. Del solitario grado Celsius había pasado a dieciocho, óptimos para la vida humana.

De súbito, descubrió los ojos azul violeta de Karen Hear que le miraban sin comprender. Su cerebro aún no estaba normalizado. La afluencia de sangre era lenta y la alimentación, paupérrima.

El despertar total estaba calculado en dos horas, pero a medida que los minutos transcurrían, la actividad cerebral de Noel Crowman se puso en funcionamiento aligual que la de los restantes miembros de la dotación de la «Fénix 030».

Recordaba haberse dormido mirando los ojos de Karen Hear que oficialmente era su esposa. Karen era una mujer bella, pero altiva y suficiente. Saltaba a la vista que su belleza era grande, pero la imagen de la mujer que había perdido era difícil de borrar.

El mismo creía que era un insulto olvidar a la muerta, mas en aquellas circunstancias, amar a Karen no era un placer sino una obligación a la

que se había comprometido con toda la humanidad a la que tenía el deber de perpetuar.

Crowman fue el primero en quitarse el casco e incorporarse. Sintió un ligero vahído, pero pudo ponerse en pie. Antoine Boilé fue el segundo y Mitia Federov, el tercero.

—¿Ha ido todo normal? —inquirió Mitia Federov.

—No lo sé, tendremos que subir y comprobarlo.

Bertini, que se había incorporado al mismo tiempo que lo hacían las oficiales femeninas, observó:

—Espero que inmediatamente después de la comprobación comamos algo sólido. Me siento muy débil. Creo que los cientos de pinchazos que he debido recibir en los doscientos años de viaje por el firmamento me han alimentado muy mal y me obligan a recordar los *spaguettis* de mi bendita tierra. Por la Santa Madonna, que me comería tres kilos de *spaguettis* gratinados con tomate.

—Sí, creo que a todos nos hace falta alimentarnos—aceptó Crowman —, pero antes hay que subir al puente, ver donde estamos y qué es lo que ha ocurrido.

Cuando se disponía a ascender por la escalerilla quedó frente a Karen Hear. Ambos se miraron intensamente. Aún no habían cruzado palabra alguna y fue Noel Crowman el primero en hablar.

—Puesto que somos marido y mujer, puedes llamarme Noel, Karen.

—¿Debo darle las gracias por haber reflexionado durante un sueño de doscientos años lo que debía hacer?

—No espero que lo comprendas. En cuanto a mí se refiere, eres libre de hacer lo que quieras.

Noel Crowman comenzó a subir por la escalerilla. Al volver la cabeza, Karen vio que las otras cuatro parejas comenzaban a sonreírse y a hacerse muecas más o menos amorosas. Todas ellas se habían constituido ya en matrimonios oficiales y tenían derecho, y más que derecho obligación, a gozar del amor.

Noel Crowman se enfrentó con los mandos que comenzaron a proporcionarle datos. Ya no era un computador quien comandaba la «Fénix 030» mientras todos dormían en la larga hibernación de dos

siglos; quien gobernaba la nave era Noel Crowman.

—¿Todo va bien?

Sin volverse, Noel reconoció de inmediato la voz del ruso Federov.

—Sí, todos los datos que recibo son buenos. Estamos en órbita terrestre.

—¿Seguro que es la Tierra y no otro planeta? —preguntó el ruso algo irónico.

—El *space-radar* ha captado también la Luna, proporcionando todos los datos de la misma. No hay error.

—Me cuesta creer que hayamos navegado elípticamente por el espacio durante doscientos años y estemos de nuevo aquí, orbitando la Tierra.

—Esa lección nos la dieron repetidamente en las clases de teoría.

—Sí, sí, la teoría, pero muchas teorías han fracasado al llevarlas a la práctica.

Santana, que se había fijado en el reloj electrónico, exclamó:

—Pues es cierto, hemos dormido doscientos años justos. Sólo nos hemos pasado en tres horas.

—Bueno, creo que todos estarán conformes.

—Lo más interesante —dijo la propia Karen— será ver de nuevo a nuestro amado planeta. Para nosotros, un sueño de dos siglos ha sido como el de dos o tres horas. Nos encontramos algo decaídos, marcados diría, pero ni siquiera hemos envejecido. Doscientos años y ni una arruga de más.

—Eres demasiado joven para tener arrugas.

—Viniendo de usted, mayor, eso es todo un cumplido —repuso Karen, irónica, siguiendo con el frío tratamiento, lo que Noel captó de inmediato al igual que los demás, que habían comenzado a tutearse entre sí.

—Pero sí nos ha crecido el pelo y las uñas —objetó Bertini.

—Luego nos afeitaremos adecuadamente —dijo Crowman.

—¿Cuándo veremos la Tierra? —preguntó con impaciencia el francés —. Estamos ansiosos.

—Primero intentaremos comunicarnos utilizando la teletrivisión. Bertini, encárgate de ello. Todos a sus puestos. Antes de la comida hemos de ganárnosla. Hemos estado durmiendo durante doscientos años y ya es hora de que trabajemos un poco.

Pese a que cada uno de los miembros de la dotación de la nave se ocupaba en su labor respectiva, todos se hallaban atentos a lo que pudiera conseguir Bertini, pues en él se encontraba la clave de todo.

—Mayor, no consigo ninguna comunicación con las bases terrestres ni las lunares.

Todos quedaron tensos. La emoción embargaba a los miembros de la expedición al futuro.

—Insiste, Bertini. Santana...

—Diga, mayor.

.—¿Qué tal la localización de los satélites y laboratorios artificiales?

—He captado algunos, mayor, pero en cantidad irrisoria. Parece increíble, pero de los centenares de satélites artificiales que debían haber solo he aceptado siete.

—¿Y señales?

—Ninguno de ellos las emite. Diríase que están inutilizados.

Karen Hear observó:

—Pueden ser satélites de lejana órbita que hayan sido atraídos lentamente por la gravedad terrestre.

—¿Qué dice a eso, mayor? La teniente Hear da por sentado que ya no hay vida en la Tierra —observó el teniente Santana.

—Yo no he dicho tal cosa —corrigió la teniente Hear— sólo he dado a entender que la vida de los satélites se había terminado.

Bertini habló de nuevo, aclarando:

—No recepto onda alguna, mayor, ni siquiera de emisoras comerciales. Es trágico lo que voy a decir, pero creo que es un planeta

muerto.

—Todo parece indicar que se produjo la Tercera Guerra Mundial —dijo gravemente Crowman, pulsando el botón que abría las corazas de protección de los miradores de la nave.

La Tierra apareció a su izquierda.

La órbita era muy lejana para apreciar demasiadas cosas a simple vista. No obstante, Mitia Federov, preguntó desconcertado:

—¿Está viendo lo mismo que yo, Crowman?

—Si se refiere al contorno de los continentes, creo quesí, Mitia.

—No recuerdo ningún continente que tuviera esa forma —dijo Santana parpadeando tan perplejo como los demás.

Casi sin voz, Karen musitó:

—Eso que vemos no es Europa, Asia, África, América ni Oceanía. ¿Qué es entonces?

—Una guerra nuclear, con el armamento que la humanidad podía utilizar, era capaz de cambiar la configuración del planeta si conseguía abrir la corteza terrestre y quizá sea eso lo que sucedió. Da miedo pensar en el cataclismo que debió originarse en esa guerra infernal.

—Está visto que deberemos comenzar un mundo nuevo —dijo Antonella rodeando con su mano la cintura de Bertini, el hombre que era su marido y al cual debía dar hijos para perpetuar la especie.

—¡Antoine!

—Mayor...

—Reduzca la órbita a la mitad.

—Sí, mayor.

—Teniente Hear.

—Mayor —respondió la joven, percatándose de que Noel Crowman había olvidado el tratamiento afectuoso de Karen, regresando al oficial que ella misma impusiera.

—Prepara la tele cámara. En la pantalla gigante veremos mucho mejor que directamente todo lo que puede haber abajo en la Tierra.

Mitia Federov, como no queriendo dar crédito a lo que sucedía, insistió:

—¿No cabe la posibilidad de que nos hallemos orbitando otro planeta que no sea la Tierra?

—No, Mitia, no creo que pueda darse ese error. No obstante, repase la computadora y de su memoria saqueun gráfico del recorrido que hemos realizado durante nuestra hibernación.

—Lo haré —asintió el capitán Federov.

La nave, tripulada ahora por seres humanos en busca de la verdad de su pasado y no por una fría aunque fiable computadora, comenzó a descender haciendo su órbita menor para poder observar mejor desde el espacio el planeta que les viera nacer y que ahora se mostraba como un gigantesco y misterioso desconocido.

CAPITULOV

En pantalla apareció reflejado lo que la telecámara captaba en tierra firme. Todos estaban anonadados.

El planeta era una masa estéril. Grandes desiertos, montañas rocosas, áridas, abruptas e inexpugnables para luego aparecer sabanas sin restos de vida siquiera vegetal.

—Atención, eso parece un poco verde —indicó Karen Hear.

Aquella débil, apenas perceptible presencia de hierba, fue un alivio para todos. La Tierra no estaba muerta totalmente, comenzaba a revivir por sí misma.

Muchas semillas habían tenido que quedar sepultadas sin recibir el castigo de las armas nucleares, aunque la presencia de hierba era escasísima. Luego, volvieron a ver de nuevo océanos, glaciares, montañas y desiertos sin vida.

—Es inaudito —comentó Santana—. No ha quedado huella absoluta de las autopistas que cruzaban todos los continentes de parte a parte.

La teniente María Alba, esposa ya de Santana, comentó a su vez:

—Tampoco hay rastro de los aeropuertos.

Bertiniexclamó:

—Qué horror, mi Venecia, mi Venecia, tanto cuidarla para que no se destruyera y ahora ni señal.

Antoine Boilé se quejó:

—Parece que de París tampoco quedan vestigios.

—No sé cómo han podido desaparecer totalmente los rascacielos de Manhattan —comentó Karen.

Todo era inaudito, semejaba imposible que hubiera desaparecido todo rastro de una civilización tan pujante.

Mitia Federov apareció con un gráfico. Sombrío, explicó:

—No hay duda, lo que estamos orbitando es el planeta Tierra. El gráfico de la elipse es perfecto. Hemos regresado al punto de partida

tal como estaba calculado que hiciéramos en dos siglos exactos de periplo espacial.

Santana dijo:

—Podríamos viajar hasta la Luna y comprobar cómo están allí nuestras bases.

Bertini salió al paso objetando:

—En la Luna tampoco hay señales de vida. Si los que estaban en el satélite quedaron abandonados a su suerte, habrán muerto irremediablemente. No hay posibilidad desupervivencia en la Luna sin ayuda terrestre.

—Es cierto —sentenció Noel Crowman—. Tenemos que basar nuestra investigación en la Tierra. Todavía ignoramos si queda algún signo de vida.

Penetraron en la cara de la Tierra donde en aquellosinstantes era de noche. La pantalla se oscureció, lo mismo que se habían oscurecido los océanos, las montañas y los desiertos sin vida que semejaban ocupar todo lo que era tierra firme.

—Conectaremos los infrarrojos y seguiremos buscando.

La pantalla de teletrivisión cambió de color al captar la cámara ahora con rayos infrarrojos.

Nadie se cansaba de escrutar la pantalla del puente de mando en busca de un hálito de vida.

—¡Atención, a la izquierda de la pantalla aparece algo con vida! Teniente Hear, varíe la posición de la telecámara y ponga en marcha los equipos de grabación y análisis.

—Sí, mayor —aceptó Karen siempre con el frío tratamiento que los distanciaba.

Se centró en pantalla lo que habían descubierto.

Era como una gran isla en uno de los irreconocibles océanos. En ella había árboles y no cabía duda de que también vida animal, por los puntos más subidos de color que destacaban en pantalla.

—¡Por fin hemos hallado restos de vida en el planeta!

—Y parece que son los únicos si olvidamos aquella incipiente y primaria hierba que hemos localizado al borde de uno de los pequeños mares que han quedado encerrados entre esos nuevos continentes que se han formado al desaparecer los que nosotros conocíamos.

Tras las palabras del ruso, Noel Crowman pidió:

—Quiero losdatosdelperímetro de esa isla y suárea. También si hay edificaciones hechas por la mano humana.

—La computadora ya está grabando y analizando —puntualizó Karen.

—Tenemos que esperar a una nueva órbita. Desaparece de nuestra vista lentamente —advirtió el capitán Federov.

—Daremos otra pasada en esta misma órbita para obtener el máximo de datos, y en la siguiente órbita, si todo está en orden y no hay peligro de radiactividad o atmósfera nociva, descenderemos a esa isla, último reducto de nuestra civilización.

Las palabras de Noel Crowman fueron una esperanza para todos, aunque para Karen todavía era un misterio. ¿Cómo se comportaría con ella, cumpliría con sus obligaciones matrimoniales fríamente, como si fuera una labor más de a bordo o sería humano como los restantes miembros de la nave? Movió la cabeza negativamente, diciendo no a sus pensamientos.

«Estoy casada con él, pero no me entregaré como si fuera un instrumento más del proyecto. Si no hay amor, seremos la pareja estéril del grupo.»

—¿Qué le pasa, Karen? —preguntó Santana—. Parece que niega algo.

Ella olvidó súbitamente su ensimismamiento y forzó una sonrisa, disculpándose.

—Es que aún estoy un poco mareada, no me he recuperado totalmente.

—Mientras la computadora trabaja y esperamos a pasar nuevamente por nuestro objetivo, vamos a comersi es que en doscientos años los alimentos liofilizados que traemos no se han estropeado.

Hubo muestras de satisfacción por parte de todos y tras dejar conectado el pilotaje de la nave a la computadora, se dispusieron a comer, lo que hicieron opíparamente dentro de lo que cabía, ya que

los sabores distaban mucho de ser los que deseaban.

—Es un excelente día para comer este caviar ruso.

Bertini rebatió la observación de Federov objetando:

—Es caviar iraní, no ruso.

—Da lo mismo, lo importante es que es caviar.

—Esta *pizza* sí que está de maravilla —opinó Antonella.

Hubo charla animada casi entre todos, pues ni el mayor Crowman ni Karen Hear hablaron. Comieron silenciosamente pese a estar el uno al lado del otro tal como especificaba el reglamento de a bordo, ya que componían una de las cinco parejas.

Después de la comida no hubo descanso.

Todos aguardaban para escrutar de nuevo la pantalla gracias a los infrarrojos, pues todavía quedaban muchas horas de nocturnidad a la isla en la lógica rotación del planeta.

—¡Ahí aparece! —advirtió Santana rápidamente.

Comenzaron a trabajar esperando hallar algo de importancia, algo que delatara no ya vida vegetal o animal, sino vida inteligente, quizá los supervivientes del gran cataclismo, la apocalíptica eclosión de la Tierra.

—Atención, en el centro de la isla existe una especie de fortaleza en ruinas —apuntó Federov.

—Sí, son las ruinas de un castillo.

Antoine leyó las anotaciones que la computadora le había proporcionado.

—Tiene una extensión de ochenta y cuatro mil kilómetros cuadrados y un perímetro de costa de novecientos ochenta kilómetros. Al parecer, carece de playas. Se aísla del océano que la rodea con altísimos acantilados casi inexpugnables al fondo de los cuales baten las olas con furia. Es como una alta meseta continental que de pronto hubiera quedado rodeada por el océano. Tiene tres ríos de importancia que junto con los menores desaguan al mar en cascadas. Una cadena montañosa cruza la isla de nordeste hacia suroeste, pero en el centro geográfico de la isla cambia su rumbo para dirigirse al sur formando

un ángulo obtuso.

Noel Crowman repitió el área de la isla, pensativo.

—Ochenta y cuatro mil kilómetros es más o menos como lo fuera Irlanda.

—Pero no es Irlanda —puntualizó ahora Karen Hear.

—Es cierto, no es Irlanda, es parte de algo que hace dos siglos pudo ser otro continente. Descendiendo averiguaremos por nosotros mismos a qué lugar perteneció. Si hay ruinas, habrá datos para la identificación.

—La atmósfera es perfecta, y carece de radiactividad —leyó Mitia Federov en el resultado del teleanálisis.

—Perfecto. Prepararemos el descanso para la próxima órbita y como será de noche en la isla, descansaremos hasta el amanecer. No es que hayamos dormido poco —comentó Crowman—, pero sí nos encontramosalgo débiles y hemos de dar tiempo a nuestros cuerpos para que se repongan y estabilicen.

El plan de Noel Crowman era bueno y todos comenzaron a prepararse para el descenso.

La nave «Fénix 030» poseía escondidas unas alas retráctiles para volar dentro de la atmósfera si se hacía necesario.

Todos ocuparon sus butacas anatómicas y Noel Crowman tomó directamente el mando de la nave cuando abandonaron la órbita.

El ángulo de entrada en la atmósfera fue perfecto y no hubo problemas. Las alas se desplegaron y descendieron con suavidad.

Con notable habilidad, Noel Crowman condujo la nave cerca de las ruinas, aterrizando en una suave pradera de hierba abundante sobre la que se deslizó la «Fénix 030». AI fin, quedó quieta frente a las ruinas que tenían el aspecto de un castillo medieval.

Los grandes miradores quedaron abiertos en morro de la nave, que permanecía ahora silenciosa, con los motores detenidos.

—Bien, creo que ya podemos descansar hasta el amanecer. —Noel Crowman notó que su voz se hacía más grave al añadir—: Como todos sabemos, formamos parte de un proyecto. Somos cinco matrimonios

legales y hay cinco estancias para desarrollar nuestras respectivas vidas hasta que podamos construir hábitats en el exterior, aunque esta nave puede ser nuestro refugio para toda la vida si se hiciera necesario y también para nuestros hijos y nietos en el caso de haber peligro enel exterior. Lo que trato de decir es que el descanso puede hacerse ya por parejas y cada cual en su camarote, aislado acústicamente de los demás.Hubieron sonrisas y codazos.

Antoine, acercándose a la teniente Leblanc, opinó:

—Creo que vamos a descansar, pero que muy a gusto, ¿verdad, Francoise?

—Por supuesto, ésta será nuestra noche de bodas.

—Suerte a todos —deseó Crowman sin conseguir cambiar eltono grave de su voz.

Se juntaron las parejas y fueron desapareciendo hasta que Karen y Noel Crowman quedaron solos. Este fue comprobando que todo en la cabina de mando estuviera en orden. Después, se detuvo junto a la joven y dijo:

—No estoy muy cansado, pero si lo desea, iré a nuestro camarote.

—Yo tampoco estoy cansada —replicó Karen sin mirarle.

—Entonces, iré a revisar los motores.

—Mayor, creo que como comandante de la nave no tiene que darme explicaciones de lo que haga.

Noel Crowman comprendió que el estado de ánimo que existía entre ambos no era el idóneo para comenzar su vida en común. Suspiró y pensó que él era el culpable de la situación, pero algo dentro de él le impulsaba a comportarse con dureza. Aquel algo era el recuerdo de una dulce y bella asiática que compartiera su vida con él.

Sin decir nada, se alejó de Karen.

Esta quedó sentada en su butaca anatómica frentea los grandes ventanales de la nave que miraban hacia las ruinas del castillo.

Le había dicho a Crowman que no se sentía muy cansada, pero aquello no era cierto. Estaba fatigada y sus ojos querían cerrarse, mas no deseaba que la encontraran durmiendo allí por agotamiento.

De pronto, gracias a la luz que escapaba de la propia cabina de mando, le pareció ver en el exterior algo oscuroqueseacercabavolando.

Parecía un murciélago, opinó en principio. Luego, por el tamaño, se dijo que era un vampiro y al verlo pegado a los cristales, se horrorizó ante aquella visión tan espeluznante.

Un extraño ser de aspecto maligno estaba allí, mirándola con sus ojos saltones. Era un hombre, sí, un hombre desnudo que ocultaba su cuerpo bajo el gran vello que también cubría su rostro.

Sus brazos eran dos enormes alas membranosas que nacían a la altura de las rodillas y se pegaban al cuerpo hasta los hombros. Se extendían en más de metro y medio por banda, dándole una envergadura de más de tres metros en total. Al extremo de las alas se hallaban dos manos huesudas, pero grandes y fuertes.

Sin embargo, lo que atrajo extraordinariamente la mirada aterrorizada de Karen Hear fueron los dos grandes y afilados colmillos que brotando del maxilar superior salían de la boca, quedando sobre los labios inferiores sin que el vello del rostro consiguiera ocultarlos.

Aquel maligno y extraño ser abrió su poderosa y repugnante boca, ansioso de hundir sus dientes en lamujer, pero el cristal estaba entre ambos y las manos situadas al extremo de las alas comenzaron a golpearlo con fuerza.

Karen Hear, que había quedado espantada ante aquella súbita e inesperada aparición que semejaba brotar del averno, quedó muda por unos instantes, incapaz de articular sonido alguno.

Luego, se llevó las manos al rostro y gritó con todas las fuerzas de su alma.

CAPITULOVI

Todos habían acudido al puente de mando.

La teniente Tatievna era la doctora de la expedición y se había enfrentado a Karen Hear. El último en aparecer en la cabina fue el propio Noel Crowman.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó grave pero sin apremio.

Todos le observaron con mucho reproche. Se habían percatado de la cortante frialdad que existía entre él y Karen.

—Tiene un fuerte ataque nervioso. Creo que será mejor que le inyecte un sedante —dijo Tatievna.

—Oh, no es necesario, ya se me ha pasado.

Noel Crowman devolvió la mirada a todos con algo de desafío y replicó:

—Parece que me acusen de algo.

Todos los ojos se volvieron ahora hacia Karen Hear que semejaba haber recuperado el habla después de permanecer callada sollozando, habiendo dejado atrás los gritos angustiosos que atrajeran a sus compañeros hacia el puente.

—Lo que me ha causado terror estaba ahí. —Señalólos grandes ventanales de grueso cristal, capaz de resistir el impacto de pequeños meteoritos.

—¿Qué es lo que había ahí? —preguntó Crowman.

—Un monstruo, una fiera maligna.

—¿Una fiera? —repitió esta vez Mitia Federov—, Por supuesto, en esta especie de isla hay seres vivos, los hemos captado con los infrarrojos, y si existen seres vivos pueden ser fieras salvajes. Quizá alguna de ellas ha trepado por el morro, aunque me parece difícil por lo alto.

—¡Volaba, ha venido volando desde las ruinas!

Noel preguntó:

—¿Era un ave?

—No, un vampiro.

—Un vampiro, ¿estás segura?

—Sí, como que les estoy viendo a todos aquí a mi alrededor. Era un vampiro.

Santana observó:

—Si era un vampiro, hemos de pensar que este resto de continente pudo pertenecer a la América del Sur.

—Lo que no encaja con el castillo medieval que tenemos delante —objetó Antoine.

—¡No, no me entienden! Era un vampiro, pero un hombre-vampiro, un maligno hombre vampiro.

—Teniente Hear, los vampiros son una leyenda cárpata, cuentos de Transilvania nacidos en una era repleta de supersticiones. Ni siquiera estamos en el tiempo en que abandonamos la Tierra, nos hallamos en el mismísimo futuro, aunque ahora sea ya presente paranosotros. ¿Acaso era aficionada a lecturas terroríficas. —inquirió Mitia:

—No soy una histérica ni una soñadora fantástica —replicó Karen irritada. Poniéndose en pie, señaló las cristaleras y ratificó con energía —: Ahí había un vampiro, un hombre vampiro que me mostró sus colmillos y sus grandes alas membranosas desplegadas. ¡Era maligno, puedo jurarlo, maligno!

Para todos era desconcertante lo que estaba diciendo Karen Hear. La rusa Sonia Tatievna dijo comprensiva:

—Será mejor que tome un sedante y mañana, con la luz del día, todo cambiará. Todos estamos agotados, nos hace falta descansar.

—No, no me tomen ahora por una demente. He visto un vampiro y no estaba dormida. Lo he visto claramente, ha salido de las ruinas y ha venido volando hasta la nave.

Noel Crowman, observando el escepticismo de los demás miembros de la dotación del proyecto S. L. M., aclaró:

—Todo aquí puede ser posible e imposible. Hemos de creerlo todo y dudarlo todo. Había un Nueva York y ha desaparecido. Había

continentes y ya no están como los conocíamos. Ahora nos hallamos en una isla extraña, todavía habitada cuando lo demás ha muerto y quién sabe lo que vamos a encontrar aquí. Mañana visitaremos las ruinas y buscaremos todo tipo de huellas. En realidad, ésa es nuestra misión. Hemos viajado al futuro en busca de los restos de nuestra civilización e ignoramos lo que ha podido ocurrir durante los doscientosañosque hemospermanecidoen hibernación.

—Gracias por prestarme atención y no hacer que me inyecten un narcótico.

—Vaya al camarote a descansar, yo me quedaré aquí. Sin embargo, mejor sería que la teniente Tatievna le administrara ese sedante para que duerma más plácidamente.

—Está bien, si es una orden del comandante de la nave me dejaré inyectar. Por lo menos no tendré que ver rostros excéntricos a mi alrededor, pero les aseguro que he visto un vampiro humano aunque diabólico. Ah, por si desean gastar una broma, no vestía frac ni llevaba sombrero de copa al estilo de Drácula; iba desnudo, y era tan velludo que no se le veía la piel del cuerpo.

Tras aquellas palabras, se alejó del puente de mando acompañada por Tatievna. Federov preguntó inquisitivo:

—¿Qué opina, Crowman?

—No lo sé. En realidad, ella estaba y está en tensión. El viaje, la hibernación, lo que hemos visto de nuestro planeta...

Santanaagregó:

—Las fricciones con usted.

—Santana, los asuntos particulares entre la teniente Hear y yo no son incumbencia de nadie más —cortó Noel, tajante.

—Lo siento, mayor —repuso algo sarcástico—. Como estábamos hablando de los problemas de nuestra compañera, he creído oportuno precisar.

Noel Crowman hubiera querido replicar acre, pero se dijo que no haría más que enrarecer el clima de abordo y la culpa era suya, no de los demás. En aquella ocasión y contra lo que era usual en él, los sentimientos se estaban anteponiendo a la razón.

—Existe la posibilidad de que la teniente Hear haya sufrido una pesadilla, pero también de que sea cierto lo que ha dicho. Ignoramos lo que puede haber afuera.

—¿De veras cree posible una mutación biológica hasta ese extremo a causa de los bombardeos termonucleares? —preguntó Antoine.

—No lo sé. Aunque hubieran estallado muchas bombas de hidrógeno jamás habría supuesto que todo podía cambiar en la forma que lo ha hecho. Ya lo he dicho, todo es factible e imposible. Ahora regresen a sus camarotes y descansen el resto de la noche. Yo me quedaré aquí. Mañana visitaremos las ruinas. Sabemos que hay animales, pero tenemos que buscar restos de vida inteligente. También podría darse el caso de encontrar seres humanos, pero que nos miraran como a extraños. No debemos olvidar que doscientos años son muchos. Pueden ser tres, cuatro o cinco generaciones y que la última de ellas ni siquiera haya oído hablar de que hubo un mundo altamente industrializado, repleto de comunicaciones terrestres, marinas y aéreas, macrociudades y miles de millones de hombres como nosotros. Quizá, si encontramos a uno de esos seres, sea incluso difícil establecer contacto con ellos. De todos modos, obraremos en consecuencia cuando llegue el caso.

—Creo que el mayor Crowman tiene razón —dijo Bertini—. Vayamos a descansar, nos esperan duros díasde investigación en este último reducto de vida que hemos descubierto.

Se alejaron de nuevo hacia sus camarotes. Había sido una noche accidentada.

En todas las mentes cundía la preocupación, especialmente en las femeninas, más fácilmente impresionables y fantásticas. Imaginaban al extraño y diabólico ser que Karen Hear había descrito y sentían escalofríos en sus espinazos.

Noel Crowman se quedó solo en el puente de mando y se arrellanó en la butaca que aún conservaba la tibieza del cuerpo de Karen. Era un sillón muy cómodo, se sentía uno a gusto en él e incluso servía para dormir.

Miró hacia los grandes ventanales.

En el exterior, sólo oscuridad en medio de la cual, en parte gracias a la Luna, destacaban las ruinas de lo que fuera un castillo de la alta Edad Media.

CAPITULOVII

Todos se hallaban reunidos en el puente de mando frente a los grandes miradores a través de los cuales divisaban las ruinas del castillo medieval bajo la luz mortecina de un día otoñal.

La isla, rodeada por océanos, era lugar propicio para las abundantes nieblas y aquella mañana había una bruma que, sin ser densa, podía verse como grandes masas algodonadas que se estiraban lentamente por un viento que, por lo escaso, era difícil de medir en su velocidad.

—¿Piensa investigar en esas ruinas, mayor? —preguntó Karen Hear abiertamente.

Todos la observaron esperando la reacción de Crowman.

—Escuchadme unas palabras, y atended que digo escuchadme y no escuchen. Todos nos hemos comprometido bajo juramento a cumplir los reglamentos, es la única forma de supervivir y quizá alguno piense que si ya no hay gobierno, es absurdo seguir mandando y obedeciendo, pero resulta indispensable para que todo marche bien. Ostento el mando y si hace falta, seréduro con quien atente contra lo que debemos de llevar adelante. Es la supervivencia de nuestra especie, pero ello no es óbice para que nos tratemos como amigos, sin distancias ni protocolos. Cada cual será llamado como lo desee, y dejaremos a un lado las jerarquías de mando. Yo soy Noel para todos y tú —señaló con su índice a la teniente Hear— eres Karen. Tú, Mitia y así sucesivamente. Debemos seguir adelante como amigos, hermanos o esposos entre quienes corresponda, ya que al parecer debemos formar una comunidad que permanecerá unida toda la vida. A nosotros nos sucederán nuestrosdescendientes.¿Alguientieneobjeciones?

—Sí, yo tengo algo que decir —observó Karen.

—Bien, habla.

—¿Esto es una imposición o una sugerencia para llevarnos mejor?

—No es ninguna imposición, es para que todos nos sintamos más unidos y menos distanciados. Como comandante del grupo seguiré decidiendo lo que se debe hacer aunque, por supuesto, consultaré con todos cuantas veces sea preciso.

—En ese caso, que cada cual se haga llamar como prefiera. A mí pueden llamarme Karen y yo interpelaré a Tos demás por sus nombres

de pila con una excepción.

—Tú dirás —gruñó Noel, grave.

—Usted me llamará teniente Hear y yo le llamaré mayor,

—Comoguste, teniente Hear.

Todos comprendieron que la frialdad entre ambos seguía igual que antes.

Antoine trató de romper la tensión preguntando:

—¿Iremos los dos a esas ruinas, Noel?

—Sí. Tú, Santana, utilizarás el reacóptero y volarás por encima de la isla enviando imagen con las telecámaras.

—Con esta niebla poco podremos ver —objetó el hispano.

—Utilizarás todo el juego de telecámaras y así captarás en visión normal, en rayos infrarrojos y ultravioleta para la detección de metales y radiactividad. Después estudiaremos todos los datos obtenidos.

—Bien, será un bonito paseo.

—A mí me gustaría ir a investigar a las ruinas.

Las palabras de Karen los dejaron a todos en tensión.

—Creo, teniente Hear, que después de lo que ocurrió anoche no es lo más conveniente.

—Me parece que hay incredulidad general sobre lo que vi y desearía investigar a menos que se oponga por orden.

—Está bien, nos acompañará. Mitia… —Sí, Noel.

—Te harás cargo de la nave en todo momento y si algo me sucediera ya sabes que tienes el mando.

—De acuerdo. Lo controlaré todo desde aquí.

—Bertini, tú permanecerás atento a las telecomunicaciones que recibas del reacóptero y grabarás todos los datos.

—Sí, Noel.

—Tambiénatenderásnuestrascomunicaciones.

—¿Qué equipo llevamos para investigar las ruinas? —preguntó Antoine.

—Linternas y pistolas.

—¿Iremos armados?

—Sí, no sabemos con lo que podemos encontrarnos. Hay que tener muy en cuenta lo que vio la teniente Hear y, además, con los infrarrojos hemos recibido señales de que existen animales e ignoramos de qué clase. Tras una guerra nuclear es fácil pensar en una mutación.

—Si sólo lo hace por tranquilizarme, mayor, no se moleste en llevar su pistola, aunque yo sí pienso llevarla. La próxima vez que vea a un hombre vampiro como el de anoche, le dispararé; ya se me ha pasado el terror.

—Teniente Hear, lamento no tener balas de plata que ofrecerle. En cuanto a mí, iré armado. No es miedo, si no que cada uno de los que estamos aquí somos necesarios para la supervivencia.

Pocos minutos más tarde se abría una puerta lateral de la nave, cerca de la proa. Una escalera articulada de aluminio se desplegó lenta y automáticamente hasta tocar el suelo que quedaba a un nivel de unos veinte pies bajo la puerta.

Provistos de los microtransmisores y con los cinturones en los cuales portaban revólveres, cuchillo y un casco al que iba adosada la pequeña linterna de micro-pila atómica con gran potencia lumínica y prácticamente inagotable, descendieron Noel, Antoine y Karen. La puerta de la nave se cerró tras ellos.

Ya caminando por un suelo en el que abundaba lahierba, vieron cómo se abrían unas compuertas en el techo de la «Fénix 030».

De ella comenzó a brotar un silbido que se agudizó por instantes. Al fin apareció el reacóptero tripulado por Santana que les saludó con la mano al elevarse en el aire mientras se disponía a sobrevolar la isla, rodeada de inexpugnables acantilados.

En el interior de la nave se utilizaban todos los aparatos para obtener

datos y un cilindro brotó de la panza de la «Fénix 030» penetrando en la Tierra y convirtiéndose en sismógrafo.

Las ruinas estaban a poca distancia, apenas tres o cuatrocientos metros. Entre la hierba había pocos matorrales y escasos árboles, aunque éstos eran frondosos.

La niebla semejaba espesar para luego aclararse súbitamente dejando que llegaran hasta ellos unos tímidos rayos de sol. La temperatura era fresca y la hierba estaba húmeda por el abundante rocío que mojó sus botas.

El castillo aparecía lóbrego, pero no tan siniestro como durante la noche en que destacaba negro en la oscuridad. Sus piedras eran de un gris pardo y se hallaban arañadas por las huellas del tiempo.

Las almenas eran altas, pero de las siete torres flanqueantes que poseía aquella fortaleza, tres estaban semiderruidas, mostrando sus entrañas a cuantas aves volaran sobre ellas o al eterno Sol, la Luna y las estrellas.

—Hace un poco de frío —comentó Antoine.

—Es cierto —admitió Karen— aunque muchos, al hablar de frío, interpretan miedo.

—No hay por qué hablar de miedo. Esto sólo son unas ruinas de la tierra que nos vio nacer y que tan bien conocíamos. Ahí dentro sólo habrá restos del pasado que pueden darnos una pista, un rastro para averiguar lo que sucedió.

—Pues a mí, esa fortaleza no me gusta y no soy supersticioso.

—Antoine, podías haber dicho que no deseabas investigar ahí dentro —dijo Noel, con algo de sarcasmo.

—El que no me agrade no quiere decir que no deseara investigar.

El castillo estaba rodeado por un foso cuyos márgenes exteriores se hallaban desmoronados en muchos puntos. Las aguas aparecían verdosas, con abundancia de plantas acuáticas.

—Esto será un cultivo de larvas de mosquitos —observó Noel.

El puente de la puerta estaba bajado y roto por su lado derecho. Lo cruzaron sin dificultad, aunque no habría resistido el paso de un

vehículo con más de una tonelada de peso.

Las cadenas estaban rotas y oxidadas. Aquel puente no podría izarse de nuevo salvo que recibiera una gran reparación.

—Esto parece totalmente inhabitado —opinó Antoine.

Ya en el túnel que conducía al interior de la fortaleza, sus pasos hallaron eco en las paredes, tan húmedas como el empedrado y charolado suelo.

—No se oía un solo ruido, la brisa era apenas perceptible y hasta la niebla se introducía en el castillo ruinoso, falto de calor.

Llegaron al gran patío central y se vieron rodeados de arqueadas y altas ventanas en los pisos superiores. Habíacristalespolícromosrotos.

Escucharon unos fuertes chillidos que les obligaron a elevar la vista hacia el cielo, ahora más despejado. Por encima de los torreones volaba una bandada de gaviotas.

—No estamos lejos de los acantilados del océano —opinó Karen.

—Mira, Noel.

Al volverse, sobre el dintel de la entrada al gran patio empedrado y entre cuyas fisuras crecía la hierba, descubrieron un gran escudo de armas que se hallaba arropado por las alas de un enorme quiróptero.

—¡El vampiro!—exclamó Karen.

—Parece un murciélago, y sería difícil precisar si es un quiróptero hematófogo, insectívoro o comedor de frutas —razonó Noel Crowman, quitándole importancia.

Antoine, sin apartar sus ojos del gran escudo de armas cincelado en una gran piedra que cerraba el arco del dintel, objetó:

—En todo el Mediterráneo, desde España hasta Grecia, el murciélago aparece en muchos escudos de armas.

—Será muy difícil descifrar a quién perteneció ese escudo. No hay leyenda en él.

—¿Subimos a lo alto? —preguntó Antoine.

—Sí, ¿por qué no?

Por una escalera del patio, sin bóveda de protección, ascendieron hasta el camino de ronda.

Los torreones aparecían con puertas sólidas, bien cerradas. De pronto, la nariz de Karen comenzó a fruncirse.

—Huelo mal —dijo.

Los demás olfatearon a su vez el aire que les venía del Nordeste y asintieron.

—Ahora me parece más hediondo —dijo Karen.

Caminaron por las almenas en la dirección de donde provenía el mal olor hasta que llegaron a la coincidencia de dos de las caras de la fortaleza. Allí había uno de los torreones destruidos, sin techo ni puerta, sólo un hueco.

—El mal olor sale de ahí —indicó Karen.

Al aproximarse más, comprobaron que allí no había suelo, y al mirar hacia abajo, retrocedieron sobresaltados.

Del interior del torreón semidestruido brotó un grupo de cuervos protestando con sus graznidos.

Al saltar hacia atrás, Karen estuvo a punto de precipitarse desde lo alto al empedrado del patio. Lanzó un grito de miedo, pero la mano férrea de Noel Crowman la sujetó por la muñeca, evitando que cayera y se matara. Tiró de ella, le devolvió el equilibrio y luego la soltó sin decir nada.

Se acercaron de nuevo y al mirar hacia el interior, el primero en exclamar algo fue el galo Antoine.

—¡Dios mío!

—Calaveras y toda clase de huesos —musitó Karen Hear, con voz desmayada.

—Parece una fosa común y sin cubrir.

—Noel, esto no pertenece al pasado —puntualizó Antoine.

—Eso es evidente —dijo Karen a su vez—. Ese hedor sube de ahí y un esqueleto como ésos, con más de diez años, no huele mal. Además, esos pajarracos estaban rebuscando entre los huesos algo que comer.

Noel gruñó:

—Parece que una comunidad que vive o ha vivido aquí recientemente ha tirado ahí a sus muertos y las aves de carroña son las que han desarticulado los esqueletos. Eso mismo sucedía en la India entre una secta de origen iraní.

—¿Está seguro de que es sólo un cementerio? —inquirió Karen, con escepticismo—. Yo creo que hay algo más maligno en todo esto.

—No debemos dejarnos influenciar por un castillo ruinoso, un gran murciélago cincelado en una piedra y un montón de huesos humanos. Si hay gente, por alguna parte la encontraremos.

Regresaron por el camino de ronda, pero Karen, con mirada obsesionada, se detuvo ante uno de los torreones enteros cuya puerta aparecía cerrada desde el exterior con un grueso cerrojo que el tiempo había respetado.

Cuando ya los hombres se acercaban al primer peldaño de la escalera para iniciar el descenso, Karen Hear descorrió el cerrojo con resolución, empujando la pesada hoja de madera, que chirrió siniestramente.

La luz penetró en el interior de la torre circular, que no tendría más de tres yardas de diámetro descontando las gruesas paredes.

Al descubrir lo que había allí dentro, pese a cubrirse la boca con la mano, no pudo ahogar un grito de terror.

CAPITULOVIII

De la pared pendía una gruesa cadena y al extremo de ésta había una argolla sujetando aquella figura maligna que semejaba brotada del averno, corrompida, casi esquelética.

Allí, frente a ellos, les miraba sin ver con sus cuencas vacías.

Karen había vuelto la cabeza para no verla. Antoine sintió que un frío extraño recorría su piel y notó que tenía vello, un vello que parecía haber cobrado vida de pronto, erizándose.

—No cabe duda, son los restos de uno de esos seres de que nos habló, teniente Hear —dijo Noel, roncamente.

—Es un vampiro humano —musitó el francés sin poderle quitar los ojos de encima.

En efecto, era la figura de un vampiro humano. Sus brazos pendían hacia abajo desmesuradamente largos, pero doblados por lo que se suponía eran los codos, de donde partían huesos membranosos que daban solidez a las finas alas de gran envergadura.

Al extremo de éstas se hallaban unas manos fuertes,pero que habían sido incapaces de quitar la gruesa argolla que le había llevado a la muerte, seguramente por inanición.

Noel Crowman cerró de nuevo la puerta de la torre flanqueante.

—Esos seres existen y hay que tener cuidado con ellos —sentenció.

—¿Crees que esas osamentas que hemos visto antes pertenecerán a sus festines?

—Si pensamos eso, hemos de suponer también que ellos no son los únicos seres humanos que habitan esta isla. Me he fijado en las calaveras y carecían de los colmillos que tenían los restos de ahí dentro.

—Unos .colmillos de bestia —dijo Karen—. Supongo que ya no dudarán de lo que vi anoche, ¿verdad?

—No lo hemos puesto en duda en ningún momento, teniente Hear. Lo que ahora vemos es que, además de fieras, son inteligentes, ignoro hasta qué punto, pero sí han sabido encadenar a uno de los suyos y condenarlo a una muerte horrible.

—¿Habrá sido una lucha entre ellos? —preguntó Antoine.

—Pudo ser una lucha para ser cabeza de manada o quizá hizo algo que ellos consideran reprobable y digno de la muerte. Por lo menos sabemos que se rigen por un código, más o menos primitivo, pero código al fin y al cabo.

—Pero ¿cómo habrán podido aparecer esos seres si antes no existían en la Tierra?

—Ahora empiezo a dudar de si existían o no —objetó Antoine—. Durante siglos se ha hablado de esos vampiros humanos hematófagos. Quizá ya existían y sean los únicos que se han salvado de la gran hecatombe causada por la Tercera Guerra Mundial, de la que por suerte logramos escapar nosotros.

—Antoine, no hay que dar rienda suelta a la imaginación —cortó Noel.

—Lo que hemos descubierto los tres no era imaginación.

—Sí, hemos visto los restos de un humano vampiro o algo que se le parece, pero de eso a tener que buscar el cementerio y desenterrar ataúdes que contienen seres que viven después de muertos media un abismo. Sólo faltaría que tuviéramos que proveernos de estacas para insertarlas en sus corazones.

—Bueno, no sé lo que hará falta, pero que esto no es tan quieto y pacífico como parece, seguro.

—Sea lo que fuere, lo averiguaremos, para eso hemos venido. Antoine, lleva a la teniente Hear a la nave.

—¿Y tú, Noel? —preguntó el francés ante el silencio de Karen.

—Bajaré a ver qué encuentro.

—¿Te refieres a bajar a los sótanos del castillo, a sus bodegas y mazmorras?

—Exactamente.

—Pues yo no me voy a la nave, no pienso dejarte solo. —Volviéndose hacia la joven, preguntó—: ¿Te atreves a ir sola hasta la nave? Son cinco minutos y la niebla ya se ha disipado en parte.

Karen Hear miró hacia la nave, que destacaba con nitidez vista desde

lo alto del castillo, y respondió:

—No, yo también tengo linterna. Bajaré adonde haga falta y procuraré no gritar más. Creo que ya no recibiré sorpresas más desagradables de las que ya he tenido.

—Pues bajemos.

Caminaron hasta la torre del homenaje y desde allí, por una escalera interior peligrosa y sin barandas, comenzaron a descender primero hasta el túnel de entrada; luego, por la puerta lateral, hallaron otra escalera descendente.

Hasta allí llegaba una tenue claridad que se fue perdiendo. Los tres se adentraron en el reino de las tinieblas. Aquellos subterráneos jamás habían visto la luz del sol.

Las luces de las tres linternas adosadas a los cascos se encendieron, iluminando el camino que conducía a una amplia sala.

Todo allí estaba húmedo y no había más rumor que el gotear del agua en algún lugar difícil de precisar.

—Creo que aquí no hay ni ratas —observó Antoine, mirando en derredor.

Los haces de luz barrieron en círculo, tratando de escrutar cuanto allí había.

—Son celdas, grandes celdas.

—Sí, aquí traerían a sus prisioneros —dijo Noel.

Su luz penetró por otra galería que conducía a una sala que se hallaba varios pies más abajo, ya que la galería era una rampa descendente muy pronunciada.

—¿Vamos a entrar ahí? —interrogó Antoine, desenfundando su pistola instintivamente.

Descendieron hasta llegar a la otra sala. A derecha e izquierda de la galería habían celdas más pequeñas con puertas sólidas. El hueco para pasar el plato de comida era su único respiradero.

Aquel lugar era siniestro, pero ni telarañas había, lo que hizo sospechar a Noel que no estaba tan solitario como aparentaba.

—Es la sala de torturas —dijo Karen.

En efecto, allí estaban los instrumentos de tortura medievales. Potro, garfios, sierras, sogas, hierros que debían ponerse candentes y grandes recipientes de cobre, ahora negros, para hervir agua o aceites para los martirios y suplicios al uso de la época.

—Allí hay una puerta que no parece tan antigua como el resto —señaló Antoine, enfocándola con su haz lumínico.

Noel la observó a distancia y dijo:

—Parece de acero especial. Por supuesto, está añadida con anterioridad y debe de ser muy sólida. Quizá sea interesante descubrir qué hay tras ella.

—Aquí también huele mal —dijo Karen.

Levantó la cabeza, barriendo con su linterna las altas paredes. Resultó que la bóveda estaba a una sorprendente altitud cuando, de repente, se turbó el sepulcral silencio para dejar paso a una sinfonía dantesca.

Una mezcla de chillidos, gritos, alaridos y aullidos les sorprendió por unos momentos, y mezclados con ellos, fuertes y vibrantes aleteos.

—¡Arriba! —gritó Karen.

De las paredes de la gran sala de torturas, con altísima bóveda, pendían docenas de aquellos seres, colgados de sus pies articulados como los de un simio. Sus alas oscuras y siniestras aparecían semidesplegadas.

Aquellos seres chillaban al sentir sus ojos heridos por la potente luz de las linternas, pero, con las bocas abiertas, disponiendo sus colmillos agudos y largos para atacar, pronto se dejaron caer, volando sobre los intrusos que osaron violar su ancestral morada.

—¡No se puede dialogar con ellos! —gritó Noel.

Antoine fue el primero en disparar contra uno de los vampiros que se lanzaba contra Karen, consiguiendo derribarla en su caída.

El vampiro, alcanzado, aleteó agónicamente.

Contra la espalda de Noel se lanzó otro. Este lo rechazó con un codazo que hizo gritar a aquel extraño ser. Volviéndose en redondo, le disparó.

Aturdida, Karen se vio empujada por Noel, que le gritaba:

—¡Corramos!

La joven desenfundó su arma y, viendo, gracias a la linterna, cómo eran atacados por aquellos seres, que si no lo hacían con más precisión era porque se hallaban medio aturdidos por las luces que al parecer les cegaban, disparó al azar contra ellos mientras corrían hacia la galería.

Las puertas de las celdas laterales se abrieron y Noel comprendió que allí había más de aquellos extraños seres y que de un instante a otro podían verse rodeados.

Siguió disparando con precisión, logrando derribar a variosdelos vampiros humanos.

—¡Corred!—gritó, protegiendo la retirada.

Los vampiros salían de todas partes.

Uno de ellos, aun con un balazo en el pecho, clavó sus colmillos en el tórax de Noel, ya que éste había apartado su cuello a tiempo.

Notó las dolorosas punzadas y golpeó al vampiro en el cuello, apartándolo de sí. Herido, siguió a Antoine y a Karen, que continuaban disparando.

Treparon por las escaleras, perseguidos por los aleteantes vampiros, que no precisaban subir, ya que alzaron el vuelo, tratando de cortarles la salida de su siniestro reino,

Se les habían consumido los cartuchos a los tres cuando llegaron a lo alto de la escalera, pero ya estaban allí dos vampiros que les cerraban el paso con sus cuerpos.

—¡Estamos perdidos! —chilló Karen, viéndose a merced de aquellos seres.

—¡Enfocadlos con las luces! —ordenó Noel. En carrerilla y bajando su cabeza, protegida por el casco, embistió contra ellos.

Con la fuerza de un huracán, arremetió contra lasdos bestias. Logró derribarlas, hundiéndole las costillas a una de ellas.

Salieron al túnel de entrada y corrieron hacia el puente que cruzaba el foso.

Los vampiros abandonaban su morada, tratando de dar caza a los intrusos, que debían convertirse en sus víctimas, pero la luz del sol, cegadora para ellos, les hizo gritar de dolor y retroceder hacia los subterráneos del castillo. Los sonidos que emitían era una mezcla de humano y de bestia quiróptera, como sus propios cuerpos monstruosos.

CAPITULOIX

Desde la nave les vieron llegar e inmediatamente abrieron la puerta que daba a la escalerilla retráctil de duraluminio.

—Noel, ¿cómo estás? —preguntó Antoine, viéndole el pechoensangrentado.

—No es nada grave.

—Ha tratado de morderle en el cuello y por poco lo consigue —observó Karen.

—Sí, pero no lo ha logrado. Subamos a bordo.

Tatievna tenía ya preparado el botiquín de mano. Noel se dejó caer en su butaca del puente, contemplando a través de las cristaleras las ruinas del siniestro castillo.

—Eso parece una mordedura —observó Mitia.

—Sí, una mordedura de uno de esos vampiros humanos.

Cuantos estaban a bordo y no habían vivido la terrible aventura,, se miraron entre sí, preocupados.

—¿De modo que sí están ahí esos vampiros o lo que sean?

—Nos han atacado cuando hemos invadido la salasubterránea donde se refugian —explicó Karen, mientras los demás bebían sus palabras.

—Sean humanos o no —dijo Sonia Tatievna—, te inyectaré un suero antirrábico. Toda la familia de los murciélagos son transmisores de la rabia.

—Sí, inyéctame ese moderno suero antirrábico. Menos mal que quedó muy atrás aquel suero primitivo que impedía a los inyectados hasta lavarse.

Cuando el torso de Noel quedó desnudo, todos pudieron ver que los dos incisivos se habían clavado con malignidad en sus músculos, que, por ser fuertes y duros, como correspondía a su atlética constitución, no habían permitido que se introdujeran por entre las costillas en busca de algún órgano.

—Prepararé una cura.

Karen tomó el algodón hidrófilo empapado en desinfectante, y ella misma lavó la herida sin que nadie dijera nada. Sonia Tatievna, comprendiendo, la dejó hacer mientras preparaba la jeringuilla, que luego inyectó en el brazo del comandante.

—Bien, ya estoy listo. Parece que esos seres no se han salido con la suya.

—¿Qué opinas de ellos, Noel? —inquirió Mitia, preocupado.

—Son tal como los describió por la noche la teniente Hear, y no hay que pensar en estúpidas supersticiones. Esos vampiros o lo que sean caen bajo las balas de una pistola o por un puñetazo si se les caza bien, pero son fuertes y atacan alevosamente. Tienen sobre nosotros el poder del vuelo con sus alas de gran envergadura.

—¿Tendrán sonar también? —preguntó la italiana Antonella Allasio.

—Puede que lo tengan, pero para ellos, la oscuridad es su medio óptimo. La luz les molesta y desconcierta de tal forma que se ven perdidos.

—Entonces, podemos atacarlos de día —observó Mitia.

Karen aclaró:

—Ellos viven en los siniestros subterráneos de esa fortaleza y no salen de ella hasta el oscurecer. Además, cazan a otros seres humanos y animales para alimentarse.

—¿Otros seres humanos? —repitió Mitia.

—Sí, deben haber otros seres que son enemigos de los vampiros. Hemos descubierto restos de sus festines, pues al parecer son totalmente carnívoros, y también los restos de uno de ellos, posiblemente castigado a muerte por su propia comunidad.

—Es terrorífico todo lo que explican —musitó María Alba, sobrecogida.

—Es inesperado y nada agradable lo que hemos visto y será difícil atacarles. Poseemos armas cortas, pero no cañones ni misiles. Esta nave fue pensada para la supervivencia y no para la guerra —puntualizó Noel—. Esos seres están bien protegidos en el subterráneo del castillo.

Mitia recordó:

—Tenemos explosivos de alta potencia por si, segúnlos planes, debíamos allanar terrenos o perforar rocas en busca de agua potable.

—Sí, son .explosivos para la supervivencia pacífica —aceptó Noel—, pero si hace falta para defendernos de esos seres, los emplearemos. Por de pronto, todo el que salga de la nave lo hará siempre acompañado por otro, o sea, en pareja y armados. No hay posibilidad de diálogo con esos vampiros. Creo que su inteligencia está mermada, ignoro por qué proceso han llegado a lo que son, pero no son constructivos. No sabemos el tiempo que viven en ese castillo, pero no han hecho nada para repararlo.

—Noel —recordó Antoine—, la puerta metálica del subterráneo puede esconder algún secreto importante sobre esos seres.

—Sí, es posible, y lo averiguaremos.

—¿Volviendo otra vez a aquel infierno que es su reino? —preguntó Karen, sin dar crédito a lo que había oído.

—Sí, volveré allá abajo, pero cuando sea oportuno hacerlo. Sonia...

—Sí, Noel.

—¿Con lo que tenemos a bordo puedes preparar- algún gas del tipo lacrimógeno e irritante?

—No estoy segura, pero lo intentaré.

—Pues empieza a componerlo utilizando lo que encuentres por la nave.

—¿Cuál es tu plan? —le preguntó Mitia Federov.

—Entrar allí abajo con un mínimo de garantías y averiguar lo que hay detrás de aquella puerta.

—¿Y cómo lo harás, de día o de noche?

—Eso hay que pensarlo. Durante el día estarán todos allí abajo y será como un nido de avispas. De noche, cuando salgan en busca de alimento, siempre quedarán algunos vigilando su guarida. Quizá sea ésta la mejor ocasión.

—Pero pueden regresar antes de que lleguemos a la nave, cortándonos

el paso.

—Es un riesgo que hay que correr. Una cosa que molestará mucho a sus ojos acostumbrados a la oscuridad es la potente luminosidad de un gran reflector.

—Yo prepararé uno —dijo Antoine—, y se podrá controlar desde la nave.

—Bien, Antoine, empieza a trabajar. Ahora, una de las cosas más importantes es averiguar dónde vive la otra comunidad humana que debe existir en la isla a juzgar por los restos, algunos aún recientes, que hemos encontrado.

—¿Crees que puedan ser criaturas del mismo tipo?

A la pregunta de Mitia, Noel respondió con franqueza:

—Sólo he dado un vistazo a sus esqueletos, pero parecían normales.

—Atención, atención —pidió Bertini, que controlaba los sistemas de telecomunicación.

—¿Qué ocurre, Bertini?

—Los infrarrojos del reacóptero que tripula Santana han captado a seres corriendo entre la maleza y parece que han desaparecido como tragados por la tierra.

—¿Se ha percatado Santana de ellos?

—No creo, salvo que los haya visto de simple ojeada, y por lo que veo en la imagen normal de grabación tridimensional, hay niebla. Los seres estaban juntos como si fueran manada y se han desperdigado en la ladera de una montaña, junto a un acantilado.

—¿Puede deducirse algo de la forma de esos seres vivos de sangre caliente?

—Sí, los hay de dos tipos. Yo diría que son seres humanos y animales ovinos, como pastores con rebaños de ovejas.

—Está bien, Bertini. Comunícate con Santana y dile que haga una pasada baja, tratando de filmar más de cerca a esos seres. Dale la situación exacta.

—Ahora mismo, Noel.

—¿No sería mejor que descansara hasta reponerse un poco? —propuso Karen—. Tenemos toda la vida por delante, esta isla es lo único que queda con vida en la Tierra y parece que tendremos que residir aquí para siempre.

—Es cierto, hay que descansar, pero montaremos guardias. Mitia…

—Sí, Noel.

—Distribuye las guardias.

—¿Mujeres y hombres?

—Sí, a dos horas por cabeza. Los demás, que descansen o paseen a excepción de los que tengan algo concreto que hacer. Yo también descansaré. Esta noche tendrétrabajo extra.

—Vaya al camarote, mayor —le pidió Karen, con gravedad.

—No, en esta butaca estaré bien. Le cedo el camarote, teniente Hear, considérelo como suyo.

—¿Quién más irá contigo, Noel? —preguntó Mitia.

—Iré solo.

—Es muy peligroso, casi un suicidio —objetó Karen.

—Somos un grupo de supervivencia y cada vida en sí vale mucho. Si hay que arriesgar algo, será una sola vida. Creo que este punto ya ha quedado suficientemente aclarado.

CAPITULOX

—Oído, cambio y cierro —repuso Santana, a bordo de su reacóptero —. Voy a investigar lo que hay por abajo.

Había sobrevolado la isla de punta a punta y en varias direcciones. Era grande, pero en el reacóptero se recorría con rapidez.

Santana había dado la localización exacta de donde aparecieron los seres desconocidos y se acercó al lugar con el reacóptero.

El punto era un peñón rocoso que por su cara norte terminaba en el impresionante acantilado.

Aquella roca tenía cuevas visibles, incluso desde el aire. Luego, una pendiente algo suave, sin hierba, y, finalmente, un espeso bosque de pinos y arbustos.

Santana quiso ver más de cerca el lugar para luego dar su opinión al resto de sus compañeros.

Con su agudo silbido, el aparato comenzó a descender en vertical sobre el nacimiento de la pendiente. En lo alto y al otro extremo se hallaban las cuevas.

Santana había recibido aviso de que tuviera cuidado; por ello no descendió frente a las mismísimas grutas. No era cuestión de entrar solo en ellas, sabiendo que había seres allí dentro e ignorando de qué clase serían.

—Atención, atención, aquí Santana llamando a «Fénix».

—Aquí «Fénix», te escuchamos —respondió la voz de Bertini.

—Estoy en punto objetivo. Frente a mí hay unas cuevas en un peñón que constituye la parte más alta del acantilado que forma un pequeño brazo que se adentra en el océano. Se halla a una altura sobre el nivel del mar de unos seiscientos pies.

—Captado; como para hacer prácticas de salto de trampolín. ¿Qué ves?

—Las cuevas, pero en ellas no se ve nada anormal. No me extrañaría que saliera una bandada de pájaros o un dragón medieval, quién sabe.

—Ten cuidado, Santana. Lo de los vampiros que vio Karen ha sido

comprobado.

—Vaya, menos mal que es de día, aunque empieza a atardecer.

—Enfoca las telecámaras hacia la cueva. Emplearemos las lentes de aumento por si descubrimos algo.

Las telecámaras quedaron enfocadas hacia las grutas y Santana dijo:

—Voy a estirar las piernas; hace horas que estoy dentro de este trasto. Si aparece algún monstruo, ya lo veremos salir de las cuevas.

—Ten cuidado, Santana —insistió Bertini, una vez más, desde la nave.

Santana dejó la radio conectada y, abriendo la portezuela del reacóptero, que permanecía ahora quieto, con su motor parado, saltó al suelo donde comenzaba a haber hierba. Descubrió unos excrementos que no dudó en calificar.

—Son heces de ovejas; debe haber ganado ovino por aquí.

De súbito, escuchó un extraño ruido. Era como el sonido de una serpiente de cascabel, que le hizo volverse hacia el bosque cuando ocurrió lo inesperado.

De entre los matorrales brotó repentinamente un hombre grande, fuerte, imberbe.

Santana sólo pudo fijarse en su rostro enloquecido, de pupilas dilatadas y con un grito feroz escapando por su garganta.

El ataque había sido tan de sorpresa que no pudo rehuirlo. Aquella especie de guerrero primitivo ya estaba sobre él y empuñaba un hacha de piedra que descargó con inusitada violencia contra su cabeza.

Santana gritó de dolor frente a la muerte. Sus ojos lo vieron todo rojo y después negro, apenas décimas de segundo para cada color. Después, nada.

El cuerpo de Santana, con el rostro totalmente partido en dos por el brutal hachazo, cayó a los pies desnudos de aquel ser, que seguía empuñando el hacha ensangrentada y se disponía a repetir el golpe casi con morboso placer.

De pronto, el ruido de cascabel se repitió y entre losmatorrales apareció un anciano alto, delgado, de largos cabellos y barba blanca como la nieve.

En su diestra sostenía un largo palo, con el que se ayudaba para caminar, y del extremo alto del mismo colgaba una caracola con piedrecitas en su interior que, al ser movidas, producían el extraño ruido que llamara la atención de Santana antes de morir.

El hombre del hacha, con aspecto idiotizado, observó al anciano con aspecto de santón.

Este movió su palo, arrancando ruidos especiales a la caracola, y el joven echó a correr hacia las cuevas dando gritos y blandiendo el hacha en el aire en señal de victoria.

El viejo se acercó al cadáver de Santana y lo observó sin inclinar su cuerpo. A simple vista podía verse que la muerte había sido tan rápida como brutal.

Se escuchó el silbido de una brisa que semejaba nacer en lo alto del peñón y descendía hasta el bosque, moviendo el follaje y arrancándole un suave rumor.

—¡Santana, Santana, aquí «Fénix»! ¿Quién era ese que corría hacia_ la cueva? ¡Santa, contesta! —insistía la voz de Bertini.

La puerta del reacóptero allí detenido estaba abierta y el anciano se acercó y subió al aparato. Sentándose en él, observó la radio, el micrófono y la llave de «abierto» y «cerrado», pasándola de la posición de «cerrado» a «abierto».

—Aquí, les escucho. Su hermano ha muerto, no sigan llamándole. Su hermano ha muerto —dijo, con voz cascada y apenas inteligible.

—¡Atención, atención! ¿Quién es usted? Identifíquese —exigió la voz de Bertini.

—La noche está llegando y la muerte con ella. No sigan llamándole. Es peligroso acercarse aquí, hay que matar o morir.

Tras aquellas palabras, el anciano descendió del aparato y anduvo hacia las cuevas despacio, sin prisas, mientras el cielo se oscurecía cada vez más.

Las telecámaras lo captaron con precisión mientras se alejaba.

CAPITULOXI

—Noel, ¿qué hacemos? —preguntó Bertini.

Todos miraron al comandante de la nave, cuya expresión era sombría.

—Desgraciadamente, hemos tenido la primera baja en la expedición.

María Alba dejó resbalar unas lágrimas silenciosas por sus mejillas.

—Habrá que rescatar su cadáver —observó Mitia.

—Sí, habrá que hacerlo y sepultarlo, pero antes está la solución de los problemas que aquí tenemos.

—¿Quiere decir que dejará a Santana allí? —preguntó Karen.

—Ha muerto. Un extraño y desconocido anciano, en nuestro propio idioma, nos lo ha dicho, lo que indica que aún quedan supervivientes no imitados.

—Pues el que ha debido asesinar a Santana parecía una fiera con su hacha mientras se alejaba hacia las cuevas —observó Francoise.

—Esas cuevas están a más de trescientas millas de donde nos encontramos, y sólo hay un reacóptero que deberemos recuperar. Tenemos esta nave que nos sirvede fortaleza y un vehículo tractor que utilizaremos para remover tierras, arar y recolectar cuando llegue el momento de la plantación de semillas. Ese vehículo tractor, aunque muy potente, es lento: sólo alcanza las cuarenta millas hora. Además, ignoramos con qué problemas nos podemos encontrar por el camino, lo que nos demoraría. Por otra parte, la noche ha llegado y es el reino de los vampiros. Esos seres de las cuevas que han asesinado a Santana también temen a los vampiros, por eso se esconden.

—Entonces, ¿cuándo iremos a recuperar los restos de Santana y darles su merecido a esos seres? —preguntó María Alba.

—Mañana, al amanecer, y emplearemos esta nave. Será la única forma de desplazarnos con rapidez aunque perdamos mucha energía que luego pueda hacernos falta.

—Quieres solventar primero el problema de los vampiros, ¿verdad? —preguntó Mitia.

—Sí. No estaríamos nunca tranquilos teniendo a esos seres volando

por la noche sobre nuestras cabezas. Creo que la mejor forma de atacarles es destruir su reducto. Hemos de economizar material que luego nos hará falta para la supervivencia. He estado estudiando los datos sobre el arbolado, matorrales y hierbas que existen en esta isla y pienso que, haciendo una cuidada recolección de semillas, con el reacóptero podremos ir lanzándolas sobre la tierra yerma de los continentes que hemos visto. De este modo, si no desfallecemos, en unos cuantos años repoblaremos la Tierra y ésta dejará deser estéril. Cambiaremos la muerte por vida, pero antes de comenzar a reverdecer nuestro planeta hay que solucionar los conflictos de estas dos extrañas colonias que viven aquí y que son enemigas entre sí.

—Sería mejor que fuera yo sola al castillo. Después de todo, Santana ha muerto.

—María, el que Santana haya muerto en el cumplimiento de su deber, dando la vida no por su patria, sino por la supervivencia de toda nuestra especie, una muerte gloriosa a todas luces, no quiere decir que tú debas morir también.

—Muerto él, yo quedo desparejada.

—María, mírame a los ojos.

Las pupilas oscuras y grandes de la mujer se clavaron en las grises del hombre. Este pudo ver las lágrimas que las humedecían.

—Perdona que te pregunte de una forma que pueda parecerte indiscreta y casi brutal.

—Eres el comandante, tienes derecho a preguntar lo que quieras. Noel —dijo, serena.

—.Santana, ante Dios y los hombres, era tu marido.

—Así lo aceptamos.

—Insisto en que me perdones, pero contéstame: ¿Se consumó vuestra unión?

Ella no respondió con la voz, pero sí afirmativamente con la cabeza, que al fin mantuvo inclinada hacia abajo.

Noel le alzó el mentón amistosamente, casi fraternal, y le buscó los ojos al tiempo que decía:

—Quizá tengas un gran motivo por el que vivir. Puede que Dios haya querido que en ti comience a reproducirse nuestra especie. Además, os necesitaréis las unas a las otras en los momentos de dolor y angustia.

—¿Piensas que puedo haber concebido ya un hijo?

—En estos momentos, sólo Dios lo sabe, pero me agradaría que fuera así, y tú debes cuidar de que esa posibilidad no se malogre. ¿Comprendido?

María asintió. Si Santana había muerto, quizá su muerte no había sido estéril totalmente.

CAPITULOXII

Las corazas de los cristales habían sido cerradas y toda la nave semejaba invulnerable y aparentemente sin vida, pero desde el interior y a través de las telecámaras captaron la salida de los vampiros del castillo.

Estos, en vuelo a media altura, se dirigieron a la «Fénix 030», que sobrevolaron para luego descender y posarse sobre ella.

—Caminan por encima —observó Bertini.

—Ya se cansarán cuando comprueben que con sus manos nada pueden hacer —dijo Noel—; pero evitaremos hacer el mínimo ruido. Esos seres deben poseer un oído muy fino.

Se dispusieron a esperar. Al fin, Bertini, que comprobada por infrarrojos lo que sucedía en el exterior, anunció:

—¡Se alejan!

—¿En qué dirección? —preguntó Noel.

—Norte —aclaró Bertini.

—Bien; entonces, ahora saldré yo.

Sonia Tatievna le entregó un frasco de cristal repleto de un líquido oscuro y transparente.

—Esto te servirá.

—¿Será suficiente?

—Por lo que me ha explicado Karen, creo que sí. Bastará con estrellar el frasco contra el suelo y el contacto con el oxígeno del aire entrará en reacción rápida, produciendo un gas altamente irritante para los pulmones. Tú deberás usar careta antigás.

—Yalatengodispuesta.

Mitia le proporcionó una mochila, diciéndole:

—Es algo pesada, pero hay suficientes explosivos para volar el castillo.

Bertini le entregó una microtelecámara portátil.

—Enfócala a cuanto veas, con la luz de la linterna del casco será suficiente, y aquí lo grabaremos todo en el magnetoscopio, para estudiarlo convenientemente.

—Bien. Con una pistola en el cinturón y la metralleta de balas de gran poder explosivo será suficiente; lo que quizá suceda es que, con tanto, peso, no pueda andar.

Mitia insistió:

—Lo mejor sería que fuéramos dos.

—No, no quiero que se pierda otra vida, y ya sabes: si me ocurriera algo que me impidiera volver antes del amanecer, emplead el detonador a distancia; los explosivos saltarán lo mismo.

—Y tú con ellos —advirtió Mitia.

—Si estoy muerto, dará lo mismo. Si esos seres se quedan sin reducto donde esconderse, lo van a pasar muy mal durante el día, y, no temáis, yo soy el primer interesado en regresar.

Armado y bien pertrechado, se acercó a la puerta ysalió de la nave al tiempo que se corrían las corazas de los miradores panorámicos del puente. El foco de Antoine estaba listo para ser usado en cuanto hiciera falta.

Solo en la noche, Noel echó a andar hacia el puente del castillo, pero antes de que llegara a él, a través del microtransmisor, Bertini le llamó:

—Atención, Noel, atención, aquí Bertini.

—¿Qué ocurre? —respondió.

—En la pantalla te estamos siguiendo por infrarrojos. Otro ser, tras de ti y a tu derecha, te sigue.

—¿Cómo es?

—No lo sé. ¿Encendemos el foco grande para averiguarlo?

Noel Crowman, que estaba ya a pocos pasos del puente, pues llegaba hasta él el olor fétido del foso cenagoso, mirando en derredor, dijo:

—No es necesario si sólo es uno quien me sigue.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentaré sorprenderle.

CAPITULOXIII

Se adentró en el ruinoso puente de madera sin mirar hacia atrás. El ya tenía la sensación de que unos ojos se habían clavado en su espalda y no deseaba morir como Santana.

Al escuchar pasos tras de sí, ya en el puente, giró bruscamente con la metralleta por delante, dispuesto a jalar el gatillo y terminar con quien tratara de atacarle.

—¡No, no dispare!

—¡Karen!

La rubia y bella teniente atravesó el puente corriendo hasta ponerse a su altura.

—¡Por poco me mata!

—¿Qué hace aquí? ¿Quién diablos le ha dicho que viniera? —inquirió Noel, furioso.

—¿No dijo que había un algo de democracia? Pues no iba a dejar que viniera solo a suicidarse.

—¿Y qué le importa si me matan o no?

—Yo no tengo aún un motivo para seguir viviendo como María.

—Por todos los diablos, Karen, regresa corriendo ala nave. Yo te protegeré y le diré a Antoine que encienda el foco.

—No —denegó, resuelta—. Te acompañaré al interior del castillo. Llevas demasiadas cosas para poder transportarlas tú todas.

Karen le quitó la botella de la mano y Noel gruñó:

—¿Y la careta?

—La llevo conmigo —dijo, mostrándole la espalda.

—Está bien. Si morimos, creo que lo haremos los dos juntos. ¡Atención, atención, Bertini! —llamó por el transmisor.

—Te oímos. Noel.

—La teniente Hear está conmigo. Ella era el ser que me seguía y que habíais captado.

—¿Karen? No habíamos advertido su ausencia.

—Por lo visto desea ver nuevamente a esos monstruos del diablo.

Conocían el camino y comenzaron a descender.

Karen se había provisto también de una metralleta y se había colgado la botella de cristal al cuello, sujeta por una malla, llevándola entre sus erguidos senos.

Descendieron por la escalera de la torre del homenaje y fueron a parar a la gran galería. De allí pasaron al corredor que bajaba en rampa, asomando con mucho cuidado en la gran sala de las torturas.

Las luces de sus cascos iluminaron la bóveda.

Allí había tres de aquellos monstruos, uno de los cuales se descolgó para caer en picado sobre ellos.

La metralleta de Noel tableteó rápida y efectiva. El cuerpo del vampiro reventó y lo mismo les sucedió alos otros dos, también alcanzados por los balazos altamente explosivos.

—Ya no queda nadie aquí! Descargaré la mochila con los explosivos junto a esa puerta.

—¿Cómo la abriremos?

—Con estas balas de gran poder.

Noel efectuó tres disparos contra la cerradura, y ésta reventó, fundiéndose en parte por el elevado poder calórico.

Con una patada, terminó de abrir la hoja de acero y las luces penetraron en el recinto. La microtelecámara comenzó a captar lo que allí había.

—Parece un laboratorio.

—Sí, es un complicado laboratorio y muy avanzado.

—Es cierto, debe ser posterior al siglo veinte.

Caminaron por entre las mesas, llenas de polvo y aparatos silenciosos

a través del tiempo.

—Todo está abandonado —dijo Karen.

—Por lo visto, aquí no han entrado esos seres.

—Hay una mesa de operaciones.

Un potente y complicado arco de luces se hallaba sobre la mesa. Noel Crowman accionó el computador, mas nada se encendió.

—Falta energía.

—Pero en algún lugar debían de producirla.

—Allá, al fondo, hay un cuadro de mandos. Veámoslo.

Se acercaron al complicadísimo y avanzado panel. Noel comentó:

—Jamás he visto nada igual. —¿Es algún tipo de pila atómica?

—No; más bien opino que es un receptor de energía eléctrica sin hilos.

—Parece imposible.

—Pues no lo es. Quizá ya lo descubrieron en el siglo veintidós.

—¿Crees que ahora podría recibirse electricidad de alguna parte? —preguntó Karen.

Mientras Noel Crowman captaba con su microtelecámara todos los detalles de aquella avanzadísima maquinaria electrónica, respondió:

—No, posiblemente recibía energía de otro punto que ya no existe. Éste laboratorio, hoy por hoy, no tiene razón de ser.

—¡Noel, en la puerta! —gritó de pronto la joven.

Otro vampiro acababa de aparecer ante ellos, ocupando la puerta. De nuevo, la metralleta de Noel vomitó muerte.

—¡Hay más afuera! —advirtió Karen.

Los dos dispararon a través de la puerta. Varios de aquellos infernales seres, sólo capaces de matar, fueron abatidos.

—¡Dame la botella, Karen!

Karen se percató entonces de que se habían estado tuteando y que él la llamaba por su nombre de pila.

Le entregó la botella y Noel la lanzó, estrellándola contra el suelo de la gran sala de torturas.

Inmediatamente comenzó a salir el irritante humo tal como había previsto la doctora Tatievna.

Alinhalar aquelgas, losvampiroscomenzaron achillar con más fuerza, aleteando de un lado a otro de la gran sala.

—Ponte la careta, Karen. Hemos de salir de aquí y regresar a la nave. Ya hemos averiguado qué hay detrás de la puerta.

Ambos se ajustaron las caretas al rostro y con las metralletas por delante, olvidando los explosivos, abandonaron el laboratorio.

En medio del gas, los vampiros trataban de huir. Otros habían caído al suelo y allí, entre alaridos, pasaban a estertores.

—Son malignos, pero estúpidos —dijo Noel, mientras corría seguido de Karen.

No obstante, para abrirse paso entre los vampiros que les atacaban con furiosa rabia, tuvieron que emplear las balas explosivas de alta efectividad.

Consiguieron subir a lo alto de la escalera y correr hacia el puente. Pero en el exterior había más de aquellos endemoniados seres, disponiéndose a atacarles en vuelos rasantes. La gran envergadura de sus alas les convertía en seres monstruosos.

Los pies de uno de los vampiros, provistos de poderosísimas uñas, atacaron el rostro de Karen, pero sólo se llevaron la careta que la protegía.

Mientras, otra de las fieras conseguía tirar a Noel al suelo con sus alas. Ya se volcaba sobre él para seccionarle la garganta cuando Karen lo barrió con su metralleta.

—¡Bertini, el foco, el foco! —gritó Noel a través del microtransmisor.

De inmediato, una luz vivísima partió de los miradores de la «Fénix».

Los vampiros gritaron doloridos, protegiendo sus rostros contra el poderoso haz lumínico. Algunos de ellos cayeron envueltos en fuertes

dolores que pasaron a sus cráneos.

En el cerebro de Karen retumbaron sus espeluznantes y agudos chillidos.

—¡Vamos, Karen, corre, corre, yo te protejo, corre!

La joven echó a correr y Noel fue tras ella.

Aquellos monstruos semejaban multiplicarse y la escalerilla de la nave parecía inalcanzable para ellos.

El potente foco fue un arma efectiva que los barrió, aunque pronto se recuperaban y entre ululantes aullidos se alejaron.

Cuando Noel y Karen llegaban a la escalerilla, uno de los vampiros, volando rasante, lanzó las zarpas de sus pies contra los hombros de Karen, consiguiendo agarrarla.

Karen se aferró a las barandas metálicas de la escalera y sentía un profundo dolor ensus hombros.

—¡Noel!—gritó.

El hombre jaló una vez más el gatillo de la metralleta, pero esta vez no brotó ningún cartucho; se habían consumido.

El vampiro timba hacia arriba de su presa, provocando un gran viento con sus alas enormes, pero Karen resistía sin soltarse de la barandilla.

CAPITULOXIV

—Ha sido un ataque brutal —opinó Federov, mirando hacia el exterior. Gracias al foco podía verse a dos de los vampiros muertos.

—Sí, son fieras y altamente peligrosas. Si queremos supervivir en la Tierra y repoblarla de nuevo vegetalmente y con animales, incluidos nosotros, hay que terminar con ellos.

—Lástima que al director Peet no se le ocurriera armar a la«Fénix» —observó Antoine.

Sonia Tatievna apareció en el puente. Todos la miraron, pero fue Noel quien preguntó:

—¿Cómo está Karen?

—tiene heridas de garra en clavícula y omóplatos, pero no hay nada roto. Está durmiendo. Le ha inyectado un fuerte sedante, creo que ha tenido muchas emociones.

—No sé, parece que se ha empeñado en suicidarse atacando ella sola a esos monstruos.

—¿No tendrá alguna razón? —preguntó Mitia, intencionadamente.

—Sí—suspiró—,creoquehesidobastantetorpecon ella. No he sabido olvidar y dejar el pasado donde debe estar.

—Debió ser muy dulce —observó Sonia, refiriéndose a la que fuera esposa de Noel Crowman.

—Sí, lo fue. —Cerró los ojos, trató de recordar su imagen y sólo consiguió ver el rostro de Karen Hear. El mismo se sorprendió.

—¿Te ocurre algo, Noel? —inquirió Mitia, al verle vacilar.

—No sé, creo que el pasado se está borrando en mí. En fin, ya que parece que Karen mejora, prestémosle atención al castillo.

—¿Qué hacemos con él?

—Esperar que haya suerte y que esos vampiros no hayan quitado los explosivos del subterráneo.

—Si echaste el frasco, no creo que durante horas vuelvan a ese

subterráneo —opinó la rusa.

—Ahora lo veremos.

Todos se acercaron a los miradores panorámicos. El potente foco instalado por Antoine Boilé iluminaba los restos de aquella fortaleza medieval.

Noel Crowman tomó en sus manos el detonador a distancia y, sin vacilar, pulsó el botón rojo.

De inmediato, se produjo una gran explosión que el sismógrafo de a bordo comenzó a registrar. La fortaleza tembló desde sus cimientos y en dos segundos se levantó una densa humareda.

Los explosivos de alto poder desplazaron los cimientos y toda la edificación, aunque construida en granito, se desmoronó como un castillo de naipes.

Se produjo un intenso silencio.

Cuando el humo se disipó, todos pudieron ver una montaña de bloques pétreos. Ni un torreón ni almena había quedado en su sitio original.

—El nido de los vampiros ha sido destruido —dijo la doctora Tatievna.

—Atención, por los infrarrojos capto, además de los efectos de la explosión, una bandada de grandes pájaros.

A la observación de Bertini, Noel respondió:

—Deben de ser los vampiros que se han quedado sin guarida. Estarán confusos y asustados. Para ellos, la casa es de una importancia capital.

—¿Qué harán ahora? —preguntó Antoine.

—No lo sé. Si tienen un jefe vivo todavía, él decidirá, pero la luz solar no van a resistirla.

—Posiblemente busquen algunas cuevas —objetó Mitia.

—Como hemos de vivir aquí, los rastrearemos hasta su total exterminio. Con ellos por vecinos, jamás tendríamos paz —sentenció Noel.

Cuando todo parecía haber terminado, la tierra tembló debajo de la nave «Fénix 030».

—Es un terremoto —aclaró Bertini, mirando el sismógrafo.

Noel agregó:

—Posiblemente, la explosión haya desencadenado algún pequeño seísmo en la isla. Su subsuelo no será firme del todo.

—¿Crees que pueda ser una especie de isla flotante? —inquirió Mitia Federov.

—Existe la posibilidad.

—¿Cómo podría ser? —interrogó Francoise—. La isla es grande y no hay nada que pueda sostenerla sobre el océano.

—Quizá sí lo haya.

Todos miraron a Noel desconcertados. Fue Mitia quien opinó:

—Un colchón de aire no lo creo.

—No, pero un colchón de hielo sí podría ser.

—¿Un colchón de hielo? Parece absurdo —dijo Antoine.

—Todo parece tierra sólida y firme. Incluso el castillo que hemos destruido debía tener muchos siglos de antigüedad y posiblemente perteneciera a la Europa del sudeste. Allí no había hielo.

—Es una teoría en principio descabellada, pero si han habido cataclismos, todo se ha desplazado de su sitio original; la prueba la tenemos en la nueva configuración de los continentes. Por efectos del calor puede haberse fundido la capa del subsuelo de esta región medio deshabitada de la Europa del sudeste. Imagino que habría un caos, enormes volcanes, ríos de lava y, en contraste, grandes masas de hielo desplazándose de los polos. Subidas del nivel de los ríos de lava ígneos.

Todo dejaría empequeñecida a la obra dantesca y un gigantesco corrimiento de tierras que se desplazarían hacia el mar pudo encontrar una gran masa de hielo sobre la que le sería fácil resbalar por hallarse las capas bajas de esta tierra muy calientes. Fundiría la parte superior del hielo y, de este modo, una porción de la tierra quedaría asentada sobre la masa helada que, cuando comenzara a separarse de la tierra

firme por las fuertes corrientes marinas, desgajara la tierra separándola del continente. Con esta especie de enorme sombrero de tierra firme, se desplazaría durante años, alejándose más y más en el océano.

—Si es cierta esa teoría, cuando vaya encontrando aguas más calientes y la masa de hielo que debe haber debajo se funda, la isla se hundirá en el fondo de los océanos para siempre.

—Si la teoría es cierta, así será —afirmó Noel, agregando—: Pero es sólo una hipótesis. Habría que realizar estudios más detenidos del fondo marino que rodea la isla.

En aquellos instantes se produjo un nuevo movimiento telúrico que sacudió a la nave, haciéndoles caer por el interior del puente.

—¡El seísmo ha sido más grande esta vez! —gritó Bertini.

—Sacaremos a la nave de aquí antes de que quede destrozada.

En medio de los movimientos terrestres, Noel Crowman ocupó su butaca en el puente y puso en marcha los motores de la gran nave.

La escalerilla retráctil se escondió automáticamente en el fuselaje y la nave comenzó a elevarse.

—¿Adonde vamos, Noel?

—Al punto donde Santana fue asesinado. Hemos de sepultar sus restos y recuperar el reacóptero. Nos hará mucha falta en la supervivencia.

Los movimientos telúricos cesaron, pero la «Fénix 030» ya se había puesto en marcha, alejándose en dirección a las cuevas del norte de la isla. Allí, un desconocido pueblo que se escondía bajo la tierra esperaba hostil, agresivo.

CAPITULOXV

La «Fénix 030», que si lo deseaba podía escapar a la gravedad terrestre, tan sólo se elevó unos miles de pies, avanzando en dirección norte.

Ya cerca de los abruptos acantilados, inició el descenso.

—Tengo localizado el reacóptero —advirtió Bertini.

—Aterrizaremos junto a él —ordenó Noel.

La nave, aún en la noche, descendió suavemente, tomando tierra cerca del reacóptero. Frente a ellos quedaron las cuevas.

—¿Qué hacemos ahora? Afuera debe estar el cuerpo de Santana —advirtió María Alba.

—Antoine, ilumina las cuevas con el foco.

—En seguida, Noel.

El gran foco bombardeó con su haz lumínico las cuevas, que semejaban desiertas, pero en cuyo interior se escondía todo un pueblo.

—Bien, ahora tú, Mitia, y tú, Antoine, saldréis afuera. Abriremos la escotilla de carga y por ella introduciréis el cadáver de Santana, al que daremos sepultura en el momento más adecuado. Luego, tú, Mitia, encárgate deregresar el reacóptero al interior de la nave. Para nosotros es valiosísimo.

Los dos hombres, armados, abandonaron la nave. Las cuevas quedaban controladas por el reflector, mas siempre existía el peligro de ser atacados, y así lo manifestó Sonia Tatievna.

—¿Y si son agredidos como Santana?

—Santana fue atacado de día. Creo que los que viven ahí dentro tienen mucho miedo a los vampiros, que deben de ser sus enemigos mortales, y no salen en la noche.

—Pero los vampiros aún estarán lejos de aquí. Esta vez han> sido atacados en su guarida, lo que es probable que no les haya sucedido nunca. Para los que viven aquí, el castillo está a una distancia que, a pie, les obligaría a pasar varias noches fuera de la protección de sus cuevas, lo que equivaldría a decir que a merced de sus adversarios.

El reacóptero regresó sin problemas al interior de la «Fénix 030». Antoine Bolé apareció en el puente diciendo:

—No hay nada que hacer. Santana estaba muerto al pie del reacóptero. Ninguna bestia maligna lo había atacado.

—Voy a verlo —musitó María Alba.

—Será mejor que no vayas —recomendó el francés.

—¿Cómo ha muerto?

A la pregunta de Noel, Antoine respondió:

—Un hachazo en pleno rostro, y el hacha no debía tener buen filo. Ha de ser un arma primitiva, de piedra.

—Antoine tiene razón, María. Es preferible que no vayas.

—Lo he cubierto.

—Bien. Cuando sea oportuno, lo sepultaremos como merece.

Mitia regresó junto a ellos, indicando:

—Sin novedad en el reacóptero; no lo han destruido.

Miraron a través de los miradores. Un nuevo día comenzaba cuando la tierra tembló una vez más. La nave vibró al estar en contacto con ella.

—Parece que la explosión ha precipitado una reacción de seísmos en cadena.

—Sí, Noel, pero posiblemente lo que hemos hecho ha sido adelantar acontecimientos. Si esta isla se halla sobre una gran masa de hielo flotando en el océano, un día u otro tiene que hundirse.

—Sería interesante hacer un estudio de las aguas que rodean la isla, su profundidad y, por supuesto, de la propia isla.

Antoine apagó el gran foco. Afuera hacía frío. Una suave helada tiñó de blanco la ladera del peñón.

—¡Atención, esos seres salen de las cuevas! —exclamó Antoine.

Todos volvieron sus cabezas hacia el mirador. Pudieron ver a los habitantes de las cuevas, que asomaban por ellas tímidamente, con

evidente temor.

La distancia les permitía verlos, pero no precisar. Noel conectó la telecámara y en la gran pantalla pudieron contemplarlos aumentados.

La doctora Tatievna observó rápidamente:

—Santo cielo, si todos ellos son cretinos en mayor o menor grado…

—Es cierto, parecen subnormales —asintió Mitia Federov.

Por su parte, Noel observó:

—Y muchos de ellos tienen deficiencias físicas de tipo monstruoso.

—Qué horror. Allí hay un niño al que le nacen los pies por encima de las rodillas.

Antonella también comentó, sobrecogida:

—Aquella mujer tiene las manos casi en los hombros, es horrible.

Los cavernícolas vestían pieles y muy poco podía dialogarse con ellos, ya que en su mayor parte no sabrían ni hablar, a juzgar por sus rostros idiotizados.

De pronto apareció el anciano con su vara de la que pendía la sonora caracola.

Caminó hacia la nave despacio, pero sin vacilaciones, seguido por uno de los seres, que sujetaba a su derecha un borrego y a la izquierda una oveja. Tras él avanzaron otros con toscas jaulas de madera, dentro de las cuales había parejas de conejos, palomas, patos y gallináceas.

—Parecen venir a solicitar nuestro perdón. Es posible que estén arrepentidos por la muerte de Santana o simplemente nos tengan miedo.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Mitia.

—Recibir esos ejemplares. En nuestro almacén guardamos una extraña variedad de semillas de árboles frutales, coníferas y otras especies, cereales y leguminosas,pero carecemos de vida animal. Esas parejas que nos traen son muy valiosas para iniciar nuestra granja; de modo que abrid la escotilla de carga y que todo sea subido a bordo. No obstante, tú, Antoine, prepara una metralleta por si surgiera un ataque inesperado.

Noel tomó el micrófono con salida de altavoz al exterior y comenzó a hablar:

—Atención, atención, sé que puede entenderme. Le escuchamos perfectamente cuando nos comunicó la muerte de nuestro hermano. Lleve los animales a la puerta que se abrirá en la nave y usted suba a ella. Los demás, que esperen fuera.

El anciano comprendió perfectamente, y los animales fueron introducidos en la «Fénix». Después, el propio santón fue izado a bordo y la escotilla se cerró ante la desconfianza de los porteadores de rostros cretinizados.

Acompañado por Mitia y Antoine, el anciano apareció en el puente.

—¿Quién es vuestro jefe?

Noel se adelantó, aclarando:

—Yo soy el jefe. Y tú, ¿quién eres?

—Me llamo Walter Heiss.

—Ese nombre parece alemán.

—¿Alemán? Hablas de una historia muy antigua. Soy Walter Heiss, ciudadano del mundo, siervo de los wizards.

—¿Wizards?

Todos se miraron entre sí, preocupados.

—Sí, los poderosos wizards, amos de toda la Tierra; pero ¿de dónde venís, que no conocéis la historia? Creía que todo el planeta estaba muerto ya a excepción de esta isla, pero por lo visto he vivido siempre en el error.

—No estabas equivocado, Heiss, toda la Tierra está yerma, y sería muy largo contarte quiénes somos nosotros, pero tú sí puedes comenzar explicando vuestra historia.

De repente, la tierra volvió a temblar. Se produjo gran confusión entre los cavernícolas, que chillaron asustados, mas el temblor pasó y renació la calma.

—Todo se perderá, el destino es perecer. Los terremotos vuelven y la isla morirá como el resto del globo.

—De modo que los wizards ganaron la guerra —gruñó Mitia.

—Sí, eso decía la historia cuando yo me gradué. La última gran contienda fue la Tercera Guerra Mundial, algo horrible según las crónicas. Miles de millones de seres humanos perecieron, países enteros quedaron aniquilados por las explosiones nucleares. El mundo libre quedó derrotado y comenzó el imperio total de los wizards en un planeta arrasado en su mayor parte.

—Entonces tú, Walter Heiss, ¿has nacido en ese mundo dominado por los wizards? —preguntó Noel.

—Sí. Yo era un siervo más de los wizards. Mi elevado coeficiente de inteligencia sirvió para que fuera destinado a ser oficial de sus ejércitos, pero eso sucedió hace muchas décadas.

—¿Cuántos años tienes ahora? —preguntó Mitia.

—Noventa y dos.

—De modo que fuiste soldado de los dictadores wizards —siguió interrogando Noel, tratando de descifrar el pasado.

—Sí.

—¿Y para qué querían oficiales y soldados si el enemigo ya estaba derrotado? —inquirió Antoine.

—Porque siempre había rebeldes que no se sometían. Había que imponer el orden y vigilar las prisiones, los lugares de trabajo y los centros de investigación.

—¿El castillo de los vampiros era un centro de investigación? —preguntóNoel,abiertamente.

—Sí. En la guarida de ese centro servía yo y otros compañeros míos. Ellos murieron, a lo largo de los años y en el último cataclismo. Sólo yo he sobrevivido, y soy como el guía de esos infelices.

—Infelices que matan —puntualizó María Alba, recordando al desaparecido Santana.

—Para ellos, cualquier extrañó es un enemigo. Les tienen miedo a ustedes como pánico a los vampiros. Siempre que se pierde una oveja o alguien no regresa a tiempo a las cuevas, es cazado por los vampiros y ya jamás vuelve a aparecer. Son nuestro azote. —El castillo ha sido

destruido.

—¡No es posible! —exclamó Heiss, vivamente sorprendido.

—Sí lo es. Tuvimos que luchar contra esos seres malignos y hemos arrasado su guarida.

—¿Y los vampiros?

—Lo ignoramos, pero muchos han muerto en aquel lugar.

—Entonces, vendrán hasta las cuevas, es su único refugio contra el sol.

—Si vienen, les haremos frente —advirtió Noel, decidido. Señalando con su índice a los cretinos cavernícolas que aparecían en la pantalla, inquirió—: Díganos, ¿quiénes son ellos?

—Seres infelices. En ocasiones, he estado tentado de dejarlos solos, pero al final siempre he terminado por cuidarlos. Tienen una inteligencia muy baja. Todos ellos son disminuidos mentales y muchos también físicos.

—¿A causa de las explosiones nucleares? —preguntó la doctora Tatievna.

—Es largo de contar y estoy muy fatigado —suspiró—. Siempre he pensado que moriría, pero he tratado de vivir con todas mis fuerzas para ayudarles, mas no sé hasta cuándo lo conseguiré.

Le prepararon una butaca en la que el anciano se sentó pesadamente.
—¿Cómodo ahora?

—Sí, gracias. —Hizo una pausa para descansar y prosiguió—: Los wizards dominaron el planeta y con ellos resurgió la hechicería del medioevo. Ansiaban tener un poder de dioses y se dedicaron a sus repugnantes prácticas. A los que tenían capacidad científica les hacían estudiar exhaustivamente, y de este modo iniciaron sus investigaciones en las mutaciones biológicas. La ciencia, ya antes de la Tercera Guerra Mundial, estaba muy avanzada, pero, por lo que sé, la moral contenía los excesos depravados. Sin embargo, ellos, que querían convertirse en dioses, a través de la genética hicieron realidad los monstruos de leyenda, los seres malignos. Cientos, millares de esclavos fueron sometidos a experimentos de laboratorio en busca de las mutaciones diabólicas. Todo ese pueblo que veis ahí delante son los errores. Sus bisabuelos, sus tatarabuelos, pagaron en el laboratorio un alto precio por la supervivencia. Los científicos de los wizards lograron mutar sus cromosomas y esperaron a que fueran naciendo los nuevos seres concebidos medio artificialmente. Empezaron a aparecer los primeros monstruos que son ellos, cretinos y deficientes físicos, pero también obtuvieron resultados satisfactorios para ellos y terroríficos para el mundo: el primer vampiro humano en el castillo que ustedes han destruido.

—Es horroroso —exclamó Sonia.

—Siga, Heiss, siga —apremió Noel.

—En los laboratorios radioelectrónicos, utilizando la energía nuclear, consiguieron la mutación genética, pero lo que ignoraban es que perecerían por culpa de su propia obra. —Hizo una pausa para

recobrar aire, estaba sumamente debilitado—. Después de la Tercera Guerra Mundial, que tanto daño hizo a la atmósfera y a la corteza terrestre, comenzaron los movimientos telúricos. Los seísmos se repetían cada año con más prodigalidad. No era insólito recibir noticias de que toda una región acababa de desaparecer al abrirse la tierra y brotar fuego de ella. Era el averno que reclamaba su parte.

»Las grandes masas de hielo de los polos se desplazaron, el agua subía a alturas impresionantes en algunos puntos del globo y descendía en otros. La Tierra había perdido su equilibrio geológico. Los wizards aseguraban que aquello terminaría y todo volvería a ser como antes, mas no era cierto. Pasaban los años y dejó de ser noticia el que millares y millares de seres desaparecerían para siempre en las entrañas de la Tierra o absorbidos por el océano.

»Así, el planeta fue muriendo. Sobrevinieron años de calor insoportable, la gente moría abrasada, y luego épocas de frío que tornaban a los árboles quebradizos como el cristal. De pronto, hace más de treinta años, esta región comenzó a moverse y se desgajó del continente, que quedó muerto por el fuego que brotaba del interior de la corteza terrestre.

»Nos desplazamos sin apenas darnos cuenta, pero los wizards no tardaron en comprender que nos habíamos convertido en una isla flotante que cambiaba de posición. Dijeron que podíamos estar encima de una enorme masa de hielo desgajado del Polo Norte. Poco se había pensado en los vampiros que habían sido formados por mutación genética artificial, y éstos tomaron como primeras víctimas a los propios wizards y a algunos compañeros vigilantes de la fortaleza. Apenas teníamos armas y alimentos, y esos seres malignos eran demasiado fuertes. Por ello, otros compañeros y yo decidimos que lo mejor era alejarse y buscar refugio en otra parte.

—¿Y decidieron salvar a esos infelices? —preguntó Mitia, contando la larga explicación del anciano.

—Sí, nos dieron lástima y no los dejamos a merced de los poderosos vampiros para que se alimentaran con ellos. Comenzamos el éxodo hasta hallar estas cuevas, que tomamos como refugio, y aquí vivimos desde entonces. Ellos son como niños, pero deben defenderse contra el ataque de los vampiros. De no haber sido por nuestra ayuda, no hubieran sobrevivido, y aun así, ninguno de ellos ha llegado a viejo. Todos son descendientes de los que iniciaron el éxodo y ninguno ha visto con sus propios ojos el castillo de los vampiros, ahora ya destruido, salvo los que fueron capturados y llevados por el aire hasta

él.

—¿Usted ha permitido que se casaran para que sobrevivieran? —preguntó Antonella.

—Sí.

—¿Con qué propósito? —inquirió Noel, por su parte.

—Lograr la supervivencia de la raza humana. Confiábamos en que, a fuerza de engendrar, las mutaciones perderían fuerza y al final conseguiríamos nuevamente hombres y mujeres normales. Por lo menos, ésa era la esperanza que albergábamos mis compañeros y yo, pero, fatalmente, no se ha realizado. Las mutaciones genéticas artificiales han sido tan profundas que, pese a las nuevas generaciones, no se ha ganado absolutamente nada. Dios es testigo de que he hecho cuanto he podido para que volvieran a ser seres inteligentes como ustedes por ejemplo, pero están malditos para el restode la eternidad. Fue un proceso mutante irreversible. El desánimo cundió en mí hace ya años y me dije que seguiría cuidándolos hasta mi muerte. Luego ellos, poco a poco, caerían en manos de los vampiros, ya que carecen prácticamente de toda inteligencia. De nuevo, la tierra tembló.

—Esos vampiros están casi destruidos, no podrán hacer nada —advirtió Antoine.

Se repitieron los movimientos telúricos, ahora con más intensidad. El pueblo cavernícola gritó, corriendo de un lado a otro.

Bertini comprobó el sismógrafo y gruñó:

—Esto es el principio de algo gordo, Noel. El subsuelo de esta isla se resquebraja.

—Mitia, pon en marcha los motores. Nos elevaremos unos pies para que los temblores no destruyan la nave.

—Sí, en seguida.

—Debo bajar de la nave para regresar con ellos o creerán que he sido devorado por el gran vampiro blanco, como han nominado a su nave.

—Usted es inteligente, ¿por qué las ofrendas de animales?

—Para tranquilizarlos a ellos. Yo ignoraba qué intenciones tenían

ustedes con respecto a nosotros y los he apaciguado diciéndoles que les calmarían dándoles un tributo que los pobres diablos poseen gracias a la previsión que tuvimos al iniciar el éxodo. Son animales domésticosquedurantelanocheguardancelosamentepara que no sean capturados por los vampiros. Sin embargo, en la isla hay variedades de animales salvajes.

La «Fénix 030» se elevó con la gran potencia de sus motores, cuando el suelo tembló aún con más fuerza.

—¿Y si intentáramos salvarlos? —preguntó Tatievna.

Noel respondió:

—Todos ellos no caben en la nave. No deseo su destrucción, pero tampoco podemos sacarlos de esta islamaldita.

En el puente apareció Karen Hear, un tanto adormilada.

—¿Qué ha ocurrido, quién es este hombre?

Noel se le acercó.

—Es el último superviviente con inteligencia —aclaró—; ya te lo contaremos. Nos acaba de narrar todo lo que sucedió después de la Tercera Guerra Mundial, pero antes dime cómo te encuentras.

—¡Noel, abajo es el fin! —gritó Bertini, que recogía con los sensores de la nave cuanto sucedía en la isla.

A través de los miradores y en la propia pantalla pudieron ver cómo el peñón se desmoronaba con todas sus cuevas, hundiéndose en el océano y aniquilando a aquel pueblo de víctimas de una soberbia castigada con la desaparición total de los wizards.

—¡Mis hijos! —exclamó el anciano Walter Heiss, sentado en la butaca.

El océano se removió con gigantescas olas que ocultaron parte de la isla, desmoronándola más y más.

—¡Arriba, Mitia, arriba! —ordenó Noel.

La nave se elevó más cuando la tierra de la isla se partía por la mitad.

De su interior brotó una gran masa de hielo que, por diferencia de densidad, se abrió paso, apartando a la tierra. Esta resbaló con sus miles de millones de toneladas, hundiéndose en el océano.

—¡Los vampiros! —exclamó Antoine, señalando la pantalla.

Los monstruos supervivientes volaban tratando de salvarse del caos, pero, aturdidos bajo el sol, caían y eran absorbidos por las grandes olas, aplastados por los hielos, que entrechocaban con gran estruendo.

Las olas, con cientos de pies de altura, batían entre sí, ofreciendo una imagen sobrecogedora, y el último reducto descendía hacia el fondo del océano, que allí debía tener gran profundidad.

—El último vampiro ha caído bajo una ola —dijo Antoine.

Karen, instintivamente, se cogió a la cintura de Noel y éste la estrechó contra sí.

En la pantalla sólo vieron ya una gran masa blanca de hielo resquebrajada en muchos puntos y que bajo la acción ahora directa del sol se fundiría con rapidez.

—Heiss, tu pueblo ha desaparecido.

El anciano no respondió.

La doctora Tatievna se le acercó y, cerrándole los ojos, comunicó:

—Ha muerto. Su corazón, ya muy fatigado, no ha podido resistir lo que ha visto.

—Descanse en paz. Lo sepultaremos junto a Santana.

—¿Qué rumbo tomamos? —inquirió Mitia.

—Vayamos hacia esa tierra incipientemente verde, carente de árboles todavía, pero que nosotros repoblaremos con nuestras semillas. Gracias a la previsión de este hombre, también tenemos animales que reproducir.

—No estará aquella zona también en peligro de desaparecer, ¿verdad? —preguntó Bertini.

—No creo, aunque haremos todos los análisis geológicos pertinentes para obtener seguridad. Sin embargo, yo diría que el caos que produjo la rotura desencadenada de la corteza terrestre ha terminado. El planeta se ha estabilizado de nuevo y no habrá más ni menos seísmos que antes de esa gran guerra nuclear que ha estado a punto de terminar con toda la especie humana de no haber sido por el proyecto «Super Life Men».

—Bien, Noel, pondremos rumbo a la tierra prometida —dijo Mitia, tomando el mando. Noel se encaró con Karen y dijo:

—Creo que te debo una explicación.

—No, no es necesario si el pasado es ya sólo pasadopara ti.

—Lo es; ahora sólo vivo el presente.

—Si es como dices, tú serás Noel para mí y yo Karenpara ti.

María Alba palideció de pronto y murmuró:

—Me siento mal, tengo náuseas.

Tatievna se acercó a ella. Tras observarla y acomodarla en una butaca, dijo:

—Crea que Santana supo cumplir adecuadamente. Sin embargo, hará falta un análisis de comprobación.

María Alba no pudo contener las lágrimas.

—Creo que ahora nos toca a nosotros —dijo Noel, cogiendo a Karen por la cintura.

—Nos toca, ¿qué? —preguntó la joven, perpleja.

—Ir al camarote.

Ella se dejó empujar con suavidad mientras sus compañeros, sonrientes, veían cómo se alejaban en busca de un fruto para su felicidad.

F I N